

LEOPOLDO LUGONES

C U E N T O S
F A T A L E S

EL VASO DE ALABASTRO — LOS OJOS DE LA
REINA—EL PUÑAL—EL SECRETO DE DON JUAN
AGUEDA

E D I T O R I A L B A B E L
BIBLIOTECA ARGENTINA de BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES MCMXXIV

Pst. 3581

LUG.

DIRECCION DE BIBLIOTECAS PUBLICAS MUNICIPALES	
Nº. ORDEN	16.828
UBICACION	40242

Folio Motus 821.134.2(82)-32

CUENTOS FATALES

OBRAS DEL AUTOR:

VERSO

<i>Las Montañas del Oro</i>	(agotado)
<i>Los Crepúsculos del Jardín</i>	»
<i>Lunario Sentimental</i>	»
<i>Odas Seculares</i>	
<i>El Libro Fiel</i>	»
<i>El Libro de los Paisajes</i>	»
<i>Las Horas Doradas</i>	»

PROSA

<i>La Reforma Educacional</i>	»
<i>El Imperio Jesuitico</i>	»
<i>La Guerra Gaucha</i>	»
<i>Las Fuerzas Extrañas</i>	»
<i>Piedras Liminares</i>	»
<i>Prometeo</i>	»
<i>Didáctica</i>	»
<i>Historia de Sarmiento</i>	»
<i>Elogio de Ameghino</i>	»
<i>El Ejército de la Iliada</i>	»
<i>El Payador (tomo primero)</i>	»
<i>Mi Beligerancia</i>	»
<i>Las Industrias de Atenas</i>	
<i>La Torre de Casandra</i>	
<i>El Tamaño del Espacio</i>	
<i>Acción</i>	
<i>Filosoficula</i>	
<i>Estudios Helénicos</i>	
I <i>La Funesta Helena</i>	
II <i>Un Paladín de la Iliada</i>	
III <i>La Dama de la Odisea</i>	
IV <i>Héctor el Domador</i>	

LEOPOLDO LUGONES

C U E N T O S
F A T A L E S

EL VASO DE ALABASTRO — LOS OJOS DE LA
REINA—EL PUÑAL—EL SECRETO DE DON JUAN
AGUEDA

E D I T O R I A L B A B E L
BIBLIOTECA ARGENTINA de BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES MCMXXIV

ES PROPIEDAD
Copyright by Babel 1924

EL VASO DE ALABASTRO

.A Alberto Gerchunoff.

EL VASO DE ALABASTRO

MR. Richard Neale Skinner, A. I. C. E., F. R. G. S. y F. A. S. E., lo cual, como se sabe, quiere decir por extenso y en castellano, socio de la Institución de Ingenieros Civiles, miembro de la Real Sociedad de Geografía y miembro de la Sociedad Anticuaria de Edimburgo, es un ingeniero escocés, jefe de sección en el Ferrocarril del Cairo a Asuán, donde se encuentran las famosas represas del Nilo, junto a la primera catarata.

Si menciono sus títulos y su empleo es porque se trata de una verdadera presentación; pues Mr. Neale Skinner hállase entre nosotros desde hace una quincena, procedente de Londres, y me viene recomendado por Cunninghame Graham, el grande escritor cuya amistad me honra y obliga.

Mr. Neale, a su vez, me ha pedido esta presentación pública, porque el viernes próximo, a las 17.15, iniciará en un salón del Plaza Hotel, su residencia, algunas conversaciones sobre los últimos descubrimientos relativos a la antigua magia egipcia, y desea evitar que una información exagerada o errónea, vaya a presentarlo como un charlatán en busca de sórdidas conveniencias. Sabiendo el descrédito en que han caído tales cosas, adoptará, todavía, la precaución de no invitar sino personas calificadas y que posean algunos conocimientos históricos sobre la materia (basta con algo de Rawlinson o Maspero): por lo cual, los interesados tendrán que dirigirse a él en persona. Mr. Neale habla correctamente el francés.

Nada tan distinto, por lo demás, de esos barbinegros magos cuya manida palidez frecuenta los vestíbulos internacionales, arrastrando la admiración en el énfasis de su lentitud remota. Mr. Neale es rubicundo y jovial, y hasta me parece que algo corto de genio. Cuando fui a pagarle la visita, hallábase, precisamente, alegre como un colegial, por haberse dado en el hotel con un condiscípulo del Marischal College, oriundo también de la sólida Aberdeen, su ciudad natal: Mr. Francis Guthrie, un escocés

que por su traje y su pecosa rugosidad, parecía tallado en el granito del lejano país.

Tampoco hay nada de «oculto» en el viaje de Mr. Neale. Trátase de un prosaico estudio de nuestras maderas fuertes, que la administración ferroviaria egipcia propónese ensayar para el asiento en terrenos pantanosos.

Claro es que a poco andar, y como nuestro huésped me manifestara su intención de disertar sobre la magia egipcia, ya estaba yo preguntándole por los últimos descubrimientos que han enriquecido la arqueología con desusada profusión:

—En Egipto, habíame dicho él mismo, todo el mundo es un poco arqueólogo.

Y retomando el hilo de su pensamiento:

—La arqueología se vuelve allá una tentación irresistible.

El rumoreo de un joven y animado grupo que cruzaba el «hall», cortó un momento su palabra.

—Yo tardé bastante, prosiguió, en apasionarme por los descubrimientos. Eso tenía que venir, pero a mí me ocurrió en forma distinta de la habitual.

Era yo un cazador entusiasta, y no ocupaba mis asuetos en otra cosa, cuando cierto día tuve la ocasión de salvar, mediante un tiro certero,

a un muchacho egipcio, desertor de la caravana del Sennaar, que bañándose en el río había caído presa de uno de esos cocodrilos, casi legendarios ya, pero que viven aún más allá de las cataratas: verdaderos monstruos que vale la pena ir a buscar, haciendo algunos centenares de kilómetros.

Aunque salió con su brazo izquierdo casi inutilizado por la terrible mordedura, Mustafá, mi protegido, guardóme aquella inagotable gratitud, característica del musulmán, sobre todo cuando cree deber el favor de la vida; pues, entonces, sólo considera redimida su deuda mediante un favor igual. Exageraba todavía su afección por mí, el hecho de haberlo tomado a mi servicio, para aliviar de tal modo la desgracia de su mutilación.

Fué él quien, de vuelta a mi puesto, que era entonces Esné, la antigua Latópolis de los griegos, despertó mi curiosidad, regalándome dos joyas antiguas, sumamente curiosas: un gabilancito de oro esmaltado y un sello de cornalina, que cifrado con el «onj» jeroglífico, o sea la palabra «vida», es un amuleto de preservación.

Inútil cuanto hice por averiguar la procedencia de aquellos objetos—ciertamente raros entre las chucherías arqueológicas de la explota-

ción habitual—incluso el recuerdo de la ley que castiga el tráfico y la ocultación de antigüedades valiosas. Mustafá se evadía con las exclamaciones árabes de cajón: «¡Quién puede saberlo! Que Allah compadezca mi ignorancia». O bien: «¡Sólo Allah es omnisciente!»...

El caso es que esos «felahs», cruzamiento de árabe y de egipcio, saben y callan muchas cosas, a despecho de la opinión corriente. El sentimiento nacional que parecía dormido en aquellos naturales, acaba de causar a mis compatriotas más de una sorpresa.

Nativo de Esné, que es una de las estaciones de la caravana en la cual se engancho para ir a caer víctima del cocodrilo, Mustafá es muy experto en excavaciones arqueológicas, pues la mencionada ciudad hállase a unas veintiocho millas tan sólo de la antigua Tebas. Y él, como peón de numerosos exploradores, había hecho, por decirlo así, toda la «carrera».

Desde que, niño aun, conchabábanlo para que animara a los jornaleros, cantando, tal cual los vendimiadores homéricos en la descripción del escudo de Aquiles, hasta que, mayorcito, cargaba las espuelas de escombros, y ya adolescente, manejaba el azadón, su experiencia llegó a ser grande en la materia.

Poseía, lo que es también un don de su raza, el discernimiento de los indicios imperceptibles; pero lo rudo de la tarea y lo mísero del jornal, acabaron por inducirlo a cambiar de trabajo, enganchándose en la caravana, donde tampoco pudo aguantar la faena realmente atroz de camellero. Es un temperamento sensible, de una delicadeza superior a su medio. Así, de doméstico, pasó a ser luego mi ayudante.

Cuando me persuadí de que no averiguaría la procedencia de las joyas, quizá ignorada, en suma, por el propio Mustafá, entré a interrogarlo estrictamente sobre las tumbas faraónicas que han dado tanta notoriedad al famoso Valle de los Reyes, desde el descubrimiento, ya un tanto lejano, del estupendo sepulcro de la reina Hatshepsut. Tras largos rodeos, adquirí la seguridad de que conocía más de un derrotero importante; pero jamás accedió a revelármelos, no obstante la visible aflicción en que lo ponían mis ruegos.

—Te causaría, afirmaba, irreparable daño.

Y después, con solemnidad:

—Nunca seas el primero que penetre en las tumbas reales. No inquietes con la violación a los guardianes de la entrada. Nadie escapa al enojo de los reyes.

—Sí, sí, dije yo entonces, bromeando. El conocido cuento de la venganza de la momia.

Con gran sorpresa mía, el jovial Mr. Neale permaneció grave. Miró un momento la ceniza de su cigarro...

—Es que algo hay de cierto, afirmó con sencillez.

—¡Cómo, usted sostendría... interrumpí, esbozando un vivo movimiento de incredulidad.

—Yo nada sostengo. Narro lo que he visto y nada más, replicó mi interlocutor sin cambiar de tono.

Luego, calmándome con un ademán:

—Juzgará usted mismo. Pero le ruego que me deje proceder con cierto orden. Tengo el hábito de los informes técnicos... y fastidiosos, creyó deber añadir con una sonrisa.

Visitando un día con Mustafá el hipogeo de la reina Hatshepsut, donde estudiaba «in situ» la mejor escritura jeroglífica, la clásica, diríamos, que corresponde, para mayor ventaja, a los gloriosos tiempos de la décima octava dinastía, pues no hay libro comparable en claridad, tamaño y color, a esos vastos muros verdaderamente «iluminados» de historia, recordaba a mi ayudante, menos por interesarlo que por complacerme, diciéndomelo a mí mismo, la biografía de aquella

soberbia emperatriz, incomparable estrella de su cielo dinástico.

Y con la aproximación quimérica que a través de los siglos sugieren allá las necrópolis intactas, donde han subsistido en la imperturbable serenidad hasta las flores de hace tres mil años, creo que infundí una especie de entusiasmo personal, tal vez de cierto vago amor, a la expresión con que dije:

Divina reina, heroína y mujer, que vence como un faraón, hasta adquirir el derecho de inmortalizarse con la desnudez viril y la barba de oro de las estatuas triunfales, y al propio tiempo envía una flota que le traiga a su jardín, para envolverse en sahumeros como una deidad, los sicomoros de incienso del País de las Aromas. ¿No es de una coquetería realmente imperial esa expedición a la costa turífera de los actuales somalíes, y esa avidez suntuaria con que manda sacar a tanto costo las piedras preciosas, los metales nobles, las maderas finas, el lapislázuli y el marfil; y todavía la construcción de aquella tumba prodigiosa, cuyas galerías de casi doscientas yardas se hundan cerca de noventa en la roca viva de la montaña sepulcral?...

Entonces Mustafá, con un acento y una penetración psicológica que no le conocía, dijo:

—Pones en tus palabras tanta pasión, que te libras indefenso a todas las influencias. Por eso no quiero conducirte a las tumbas reales. Aunque te rías de mí, lo cierto es que los antiguos pusieron «espíritus materiales» para guardar la entrada. Son los vengadores siempre despiertos. Cada cual tiene su modo de ofender, pero todos matan. En poco más de un año que duró la exploración de este sepulcro de la reina, hubo dos suicidios entre los exploradores.

Sólo más adelante comprendería yo aquella expresión que me pareció absurda, de «espíritus materiales», empleada por Mustafá, extraordinariamente locuaz ese día; pero su competencia en excavaciones realizóse ante mí con la insospechada agudeza que acababa de revelarme. Así, cuando algún tiempo después me escribió el secretario de lord Carnarvon, a título de F. A. S. E., para solicitarme ayuda en las exploraciones del hipogeo de Tut-Anj-Amón, que iban a empezar, creí hacerle, en la persona de Mustafá, la mejor recomendación de un buen práctico.

—De modo que usted asistió... empecé.

—Efectivamente. Debí a esa circunstancia la invitación de asistir a la apertura.

—¿Entonces opina usted que el tan comentado

fallecimiento del lord fué, como se dijo por fantasía, una consecuencia de ese acto?

—Repítale que voy a narrarle lo que pasó y nada más.

Cuando se dió con el hondo pozo que conduce a la puerta de la cámara mortuoria, mi ayudante, a causa de su invalidez, no pudo tomar parte en la extracción de los bloques de piedra que lo obstruían, ni descender como el lord, los invitados y los dos jornaleros agregados al grupo, en las «cufas» o espuestas egipcias. Estaba pálido, aunque impasible, y sólo creí notar que me señalaba con los ojos a la atención de uno de los jornaleros prontos a iniciar la bajada: hombre maduro ya, pero vigoroso. Luego, acercándose con respeto:

—Olvidabas el talismán, dijo, entregándome el sello de cornalina.

Efectivamente, habíame ocurrido eso al substituir mi traje habitual por el recio vestido de campaña que es menester adoptar para los descensos, y que constituye una de las torturas de esa angustiosa operación.

Quien no lo ha realizado, tampoco puede apreciar lo que significa el deslizamiento, en gran parte al tanteo, por las dilatadas galerías donde el aire confinado durante siglos, el polvo impalpable

y la temperatura de horno, prolongan hasta la agonía una desesperante sofocación.

Nada más distinto del maravilloso paseo arqueológico que sugiere al lector la narración del descubrimiento. El descenso del pozo sepulcral es peligroso, además de siniestro. Hay que precaverse mucho de las rozaduras contra los cantos filosos de las paredes, pues bajo el clima de Egipto, la más pequeña herida puede acarrear consecuencias funestas.

Obligado usted a reducir su equipo para deslizarse entre los derrumbes casi infaltables que ha producido por presión y desnivel el paulatino desmoronamiento de la montaña, su reducida caramañola sólo alcanza a disimular la sed provocada por una transpiración excesiva. Pero, lo más atroz, es el recio traje que debe uno conservar para no herirse, y en previsión de la salida con retardo bajo uno de esos bruscos fríos que sobrevienen en los arenales apenas declina el sol: otro de los riesgos peculiares a la comarca. Díjérase que, hundido en la fúnebre excavación, lleva Vd. sobre los hombros todo el peso de la siniestra montaña que vió al entrar, como descolgándose en denso manto de arena sobre las tumbas enterradas a su vez bajo la infinita desolación de aquel Valle de los Reyes.

Pero el prodigio de la tumba descubierta era tal, que hubiera valido, aún, mayores penurias.

No voy a ensayar su descripción, ni a recordar la ilustre comitiva; cosas popularizadas, por lo demás, en todos los «magazines». Sólo le diré que la apertura de las cámaras del moblaje, inmediatamente anteriores a la del sarcófago, fué un deslumbramiento.

Figúrese que ocho meses después no se había acabado de inventariar el contenido en muebles, estatuas, adornos y vajilla. No se recuerda hallazgo más valioso, desde el que se hizo con el hipogeo de la reina Hatshepsut; y ese Tut-Anj-Amón, su descendiente, resultaba digno, por cierto, de clausurar el victorioso período de aquella décima octava dinastía, con que los reyes tebanos dieron a Egipto su máximo esplendor hace más de tres mil años. La extenuación de largos meses de tarea, que en los últimos días llegaba a doloroso agotamiento, desvaneciése ante esa maravilla casi eterna.

Nunca se agradecerá bastante la munificencia con que lord Carnarvon puso toda su fortuna en tal empeño, costoso como ninguno, además, y el entusiasmo, el esfuerzo, el desinterés con que le sacrificó su propia vida. Pero vuelvo a mi estricta narración.

Llegaba el momento, entre todos solemne, de derribar el último tabique, asaz ligero, por cierto, que nos separaba de la cámara del sarcófago. Es siempre algo lúgubre, y hasta no exento de cierta inquietud esa profanación de tan largo sueño...

Cuando apareció, pues, tras el polvo lentamente desvanecido del postrer azadonazo, en la vaga obscuridad, más bien teñida que alumbrada por los haces eléctricos, la celda ritual con su enorme féretro solitario, fué como si desde su bajo y estrecho ámbito de cueva nos diese en la cara la respiración de la sombra. Algo inmensamente augusto nos sobrecogió.

Pero ya lord Carnarvon trasponía esa última puerta. Era su derecho, tan justamente ganado. Dió una rápida vuelta por la cámara mortuoria, inclinóse sobre el sarcófago, sin tocarlo, y salió para dejar paso a las ilustres personas de la comitiva, pues en el estrecho recinto no cabían más de dos.

Entonces noté que del lado de afuera, es decir, donde yo me encontraba, había junto a la puerta dos vasos de alabastro cerrados con tapas cónicas de la misma substancia.

Lord Carnarvon se acercó a uno, movió, instintivamente, sin duda, la cubierta alabastrina, y

ésta cedió girando, pues hallábase atornillada con la perfecta maestría de esos trabajos egipcios. Suavemente, sin un crujido, fué desprendiéndose ante nuestros ojos estupefactos.

Mas, una sorpresa mucho mayor nos aguardaba:

¡Del vaso destapado exhalóse un vago, pero distinto perfume que refrescó el ambiente!

—Recuerdo haber leído eso con asombro, dije.

—Sin duda, repuso Mr. Neale; y yo mismo lo mencioné en una descripción publicada por la «Monthly Review». Nadie ignora que Egipto fué el país de la química, ciencia cuyo mismo nombre parece derivar de «Chem» o «Quem», como llamaban los hebreos a la nación egipcia, según se ve por el salmo CV: el de la recapitulación; y la flota de Hatshepsut, nos indica hasta qué punto era grande en su época la importancia de los perfumes.

Con todo, la duración de aquel cuerpo volátil resultaba extraordinaria; o mejor dicho, su cautividad de treinta siglos en una perpetuación casi inmortal. Así se me reveló el motivo de la preferencia que los antiguos griegos y romanos daban a los vasos de alabastro, para guardar perfumes. Recordará Vd. que, en griego, los preciosos vasitos perfumarios llamábanse «alabas-

tros» por antonomasia. Sería una de las tantas cosas que Grecia y Roma aprendieron de Egipto.

Pero más extraña aún que el perfume, fué la frescura que difundió en torno. Digo mal frescura, pues era más bien una especie de frío sutil, semejante al del mentol. El caso es que yo y el lord nos estremecimos bajo esa especie de helada delgadez que se desvaneció como un suspiro instantáneo.

El lord se inclinó y aspiró fuertemente, con su nariz en la boca del vaso.

—Vale la pena, dijo, conservar el recuerdo de tan antiguo perfume.

Hubo en la puerta un ligero atropellamiento que llamó su atención, y yo aproveché la coyuntura para intentar lo propio.

En ese instante el «felah» a quien había hablado Mustafá interpúsose como una sombra, haciéndome con la cabeza y los ojos un enérgico signo de negación.

Por más que dicho acto me asombrara, no le hice caso alguno e insistí. Entonces, arriesgando un ademán de audacia increíble en aquellos tímidos paisanos, asió mi brazo con brusquedad, al paso que murmuraba en árabe, para que sólo yo pudiera oír y entender:

—«Atórat-el-móut!» El perfume de la muerte!

Entretanto, el lord acababa de tapar nuevamente el vaso.

Cuando, algunas semanas después, pude ver de nuevo ambos recipientes, todo se había desvanecido, y sólo conservaban en el fondo una mancha resinosa, tan tenue, que era imposible analizarla.

Digo algunas semanas después, porque, al salir del hipogeo, el frío del desierto me hizo daño. Caí enfermo como lord Carnarvon, bien que no de gravedad.

Pero habíame impresionado mucho, al abandonar el pozo, una sentencia de Mustafá, que mientras me echaba sobre los hombros previsora manta, díjome por lo bajo, señalando al lord:

—He ahí el que morirá. Que Allah nos proteja!

—¿Cómo lo sabes? increpé con sorda irritación.

—Le he oído el estornudo malo; el estornudo del chacal.

Recordé, en efecto, aquel acceso que también había oído estallar con la sequedad lastimera de un gañido; pero repliqué, menospreciando la superstición:

—Efecto del frío. Otros hemos estornudado también.

—Cierto; pero a tí te rozó apenas el ala fatídica del vengador. Estarás bien dentro de una semana.

Y como luego, en casa, discutiera todavía, reprochándolo con sensatez:

—Es una fiebre que se explica por el excesivo cansancio, el aire confinado, la tensión nerviosa...

...Mustafá pudo derrotarme una vez más, contestando impasible:

—Al dificultar el acceso de sus tumbas, los antiguos contaban con esa predisposición, que entrega rendidos los violadores a los guardianes de la entrada.

Casualidad o lo que fuere, lord Carnarvon no se levantó. Víctima de una extraña fiebre que no pudo la ciencia dominar, declaróse luego la neumonía cuyos síntomas yo también experimenté, y su fallecimiento malogró una bien útil y generosa existencia.

—Habíase hablado también de cierta infección causada por la picadura de un insecto...

—Sí, al principio, y no sin razón, porque ya le he dicho lo peligrosas que son las más pequeñas lesiones bajo el clima de Egipto. Este es, en suma, el verdadero áspid de Cleopatra. Pero la neumonía fué, al menos para mí, un desenlace

concluyente. Abrigo la convicción de que lord Carnarvon aspiró la muerte en la boca del vaso de alabastro.

Así cobraba sentido la expresión paradójica de Mustafá; pues el perfume mortífero era, en efecto, un «espíritu material», el «vengador» encerrado en los vasos tentadores como un efectivo «guardián de la entrada», «perpetuamente despierto». Nada, pues, de imaginarios demonios o «elementales» maléficos. La sencilla realidad venía a ser mucho más siniestra. Terrible, en efecto, ese último sueño de los faraones cuyo reposo se aseguró para la eternidad, bajo una sentencia impersonal e inexorable como el destino!...

Mr. Neale iba, indudablemente, a proseguir; pero en aquel momento, casi rozando el diván donde conversábamos, una arrogante figura femenina cruzó apresurada el «hall», removiendo como un bache de oro en polvo la mancha de sol poniente que caía desde una ventana lateral, con su magnífico tapado de kolinsky a la moda, y dejando esa ráfaga de perfume singular, que anticipa con genuina revelación el primer detalle de una verdadera elegancia.

No habíamos visto el rostro de la desconocida, que avanzando por detrás de nosotros, sólo nos reveló al pasar su gallardía y su perfume;

pero mi interlocutor, enderezándose, palideció ligeramente, mientras murmuraba con sorda voz:

—«Atórat-el-móut!...»

Seguíamosla con ansiosa mirada, cuando, ya en el pórtico, vímosla cruzarse con el propio Mr. Guthrie, quien la saludó sin detenerse, subió a buen paso la escalinata, y advirtiéndonos casi al punto, dirigióse hacia nosotros. Regresaba del campo de golf, bastante cansado, según dijo al dejarse caer en el profundo sillón vecino.

— Tomaron ya ustedes el te? preguntó en seguida.

Mr. Neale, sin contestar, interrogóle a su vez:

—Francis, permítame, quién es esa señora?

— Esa señora?...— cuidado, Richard!, intercaló bromeando—esa señora?... La verdad es que no sé gran cosa a su respecto. La conocí hace poco en el «dancing». Parece que es una egipcia bastante misteriosa, mejor dicho bastante equívoca... Una aventurera, quizá... No sé quién me dijo — cuidado, Richard! volvió a intercalar riendo cordialmente y arrellanándose en el sillón — que van ya dos hombres que se suicidan por ella.

LOS OJOS DE LA REINA

A Rómulo Zabala.

LOS OJOS DE LA REINA

I

NO bien supe por aquella breve noticia de periódico matinal que, según la consabida fórmula, Mr. Neale Skinner había «fallecido inesperadamente, víctima de una repentina enfermedad», cuando se me impuso con dominante nitidez la causa del suceso: Mr. Neale se ha suicidado por «esa» mujer.

Impresión a la vez dolorosa e indignada ante el prematuro fin de una vida útil y de una amistad ya excelente, si bien muy retraída ahora último por aquella fatal aventura.

Tenía apenas el tiempo suficiente para vestirme y acudir a la casa de huéspedes donde el malogrado ingeniero residió desde su incorporación al Ministerio de Obras Públicas, pues la noticia indicaba que el cortejo se pondría en marcha a las diez.

Pasada la triste ceremonia, trataría de averiguar esa tarde en la correspondiente repartición de la Dirección de Ferrocarriles lo que allá supieran del inesperado drama, pues Mr. Guthrie, único amigo común, andaba ausente por el interior, según mis noticias. Probablemente, pensé, la falta de aquel íntimo compañero habrá contribuído a precipitar la catástrofe.

Mr. Neale, a quien debí, como se recordará, la curiosa narración del «Vaso de Alabastro», había sido contratado poco después de fijar él su residencia entre nosotros, por la Dirección de Ferrocarriles, bien informada, en verdad, sobre su mérito de especialista.

Pero, su incorporación a nuestro cuerpo técnico, que todos celebramos, y cuyo acierto comprobó él mismo poco después, dilucidando una complicadísima regresión en cierto tramo de la línea de Huaitiquina, debióse a las relaciones que entabló con aquella misteriosa dama del «perfume de la muerte», cuya arrogante figura percibimos sólo al pasar, la tarde de la recordada narración, y que según Mr. Guthrie, su conocido eventual, contaba dos suicidas entre sus adoradores...

Habiendo encontrado a la pareja en el teatro algunas veces, la circunstancia de que siempre

ocupara palcos altos, y a una distancia que la discreción me vedaba acortar, impidióme percibir claramente el rostro de la dama, bastante esquivo, además, tras los calados sombreros a la moda; pero conocía la fama de su hermosura, por los comentarios sobre «la egipcia del Plaza», como le pusieron durante el breve tiempo de su residencia en dicho hotel.

Súpose luego su traslación a una casa de cierto barrio distante, donde el ingeniero la visitaba, y esto fué todo; mas la trivial aventura complicábase para mí con el recuerdo del mencionado perfume, que era, o pareció a Mr. Neale, el mismo del vaso de alabastro descubierto en la tumba de Tut-Anj-Amón, y cuya exhalación, según él, causó a lord Carnarvon la muerte.

II

Mientras pensaba todo esto, llegué al domicilio del difunto Mr. Neale, cuando el cortejo estaba ya organizado.

Los concurrentes, seis en totalidad, me eran desconocidos, con excepción de Mr. Guthrie, que había llegado la tarde anterior, pocas horas des-

pués del suceso, y que se hallaba profundamente abatido. Creo que mi presencia le fué grata, por la emoción con que estrechó mi mano en silencio.

Ocupé, pues, en su compañía uno de los dos coches que formaban el modesto cortejo, según la voluntad del difunto, expresada en su carta final; mientras tomaban el otro cuatro personas: un empleado del Ministerio, un huésped de la casa, que había trabado amistad con el extinto, y dos representantes de la «English Literary Society», me parece. Debimos, pues, aceptar a uno de los desconocidos, quien solicitó asiento con profunda cortesía. Mr. Guthrie hizo la presentación, pero en voz tan baja que no distinguí bien el nombre. Creí percibir algo como Nazar, o Monzón, apellidos que correspondían al tipo fuertemente criollo del sujeto, moreno, entrecano, de corta barba casi blanca.

Pero ya Mr. Guthrie me narraba los detalles, breves, por lo demás, del funesto caso.

Absorto en su pasión, Mr. Neale había ido aislándose hasta cortar, o poco menos, casi todas las relaciones, aunque nada indicara en él desasosiego ni amargura.

No sin gran sorpresa, pues, recibió su compañero, en Tucumán, cuatro días antes, una carta sospechosamente alusiva a cierto largo viaje que

debía realizar de un momento a otro, dando a entender como causa una comisión del servicio; pero agregando recomendaciones familiares de minuciosa intimidad, además de un pedido reiterado y perentorio: que por todos los medios posibles se evitara molestias a su amiga, en caso de sobrevenir algún episodio desagradable.

Lleno de ansiedad, Mr. Guthrie partió en el acto, sin conseguir, no obstante, evitar el desastre que presentía.

Suicidio vulgar, en la solitaria habitación donde los demás huéspedes estuvieron casi junto con el tiro, la clásica epístola al comisario: «no se culpe a nadie»... «cansancio de la vida»...—excluía con tal evidencia toda complicación, que el juez pudo expedir a las nueve de la noche el permiso de inhumar, reclamado por la patrona con premura comprensible.

—La multitud de formalidades tan penosas, concluyó Mr. Guthrie, impidióme advertir a Vd.

—Con todo, opiné yo, creo necesario indicar al juez la posible influencia de esa enigmática persona. Una muerte es una muerte, y la galantería póstuma de Mr. Neale, delicadísima en verdad, no puede comprometer nuestra conciencia.

—Pero la última voluntad de los difuntos es sagrada...—repuso suavemente nuestro compa-

pués del suceso, y que se hallaba profundamente abatido. Creo que mi presencia le fué grata, por la emoción con que estrechó mi mano en silencio.

Ocupé, pues, en su compañía uno de los dos coches que formaban el modesto cortejo, según la voluntad del difunto, expresada en su carta final; mientras tomaban el otro cuatro personas: un empleado del Ministerio, un huésped de la casa, que había trabado amistad con el extinto, y dos representantes de la «English Literary Society», me parece. Debimos, pues, aceptar a uno de los desconocidos, quien solicitó asiento con profunda cortesía. Mr. Guthrie hizo la presentación, pero en voz tan baja que no distinguí bien el nombre. Creí percibir algo como Nazar, o Monzón, apellidos que correspondían al tipo fuertemente criollo del sujeto, moreno, entrecano, de corta barba casi blanca.

Pero ya Mr. Guthrie me narraba los detalles, breves, por lo demás, del funesto caso.

Absorto en su pasión, Mr. Neale había ido aislándose hasta cortar, o poco menos, casi todas las relaciones, aunque nada indicara en él desasosiego ni amargura.

No sin gran sorpresa, pues, recibió su compañero, en Tucumán, cuatro días antes, una carta sospechosamente alusiva a cierto largo viaje que

debía realizar de un momento a otro, dando a entender como causa una comisión del servicio; pero agregando recomendaciones familiares de minuciosa intimidad, además de un pedido reiterado y perentorio: que por todos los medios posibles se evitara molestias a su amiga, en caso de sobrevenir algún episodio desagradable.

Lleno de ansiedad, Mr. Guthrie partió en el acto, sin conseguir, no obstante, evitar el desastre que presentía.

Suicidio vulgar, en la solitaria habitación donde los demás huéspedes estuvieron casi junto con el tiro, la clásica epístola al comisario: «no se culpe a nadie»... «cansancio de la vida»...—excluía con tal evidencia toda complicación, que el juez pudo expedir a las nueve de la noche el permiso de inhumar, reclamado por la patrona con premura comprensible.

—La multitud de formalidades tan penosas, concluyó Mr. Guthrie, impidióme advertir a Vd.

—Con todo, opiné yo, creo necesario indicar al juez la posible influencia de esa enigmática persona. Una muerte es una muerte, y la galantería póstuma de Mr. Neale, delicadísima en verdad, no puede comprometer nuestra conciencia.

—Pero la última voluntad de los difuntos es sagrada...—repuso suavemente nuestro compa-

ñero eventual, mudo hasta entonces, con un acento que desvaneció acto continuo en mí la impresión de un compatriota.

Mr. Guthrie iba a decir algo 'también, cuando llegamos al cementerio.

III

La triste ceremonia concluyó pronto, bajo la invencible distracción de un sol espléndido, que parecía chispear, trizando vidrio, en el reclamo de los gorriones.

Despedímonos en la vereda, con la sobria cortesía que es de suponer; y como manifestara yo la intención de caminar un poco, aprovechando la agradable temperie, Mr. Guthrie me dijo:

—No puedo acompañarlo. Debo regresar al hotel cuanto antes, para no perder el correo que parte hoy, precisamente, pues deseo comunicar sin dilación la infausta nueva a la familia de mi amigo. Ruégole, tan sólo, que desista de su advertencia al juez, o, en todo caso, que no lo haga sin hablar antes conmigo.

Tuve que prometérselo, aunque con desgano,

porque la impresión del primer momento continuaba viva en mí.

Entonces, el otro compañero de carruaje decidió también a caminar, preguntándome si me incomodaba su compañía.

Respondíle que no, aun cuando poco me agrada departir con desconocidos, y tomamos calle abajo en silencio.

Tres minutos después, una indiscreción del personaje confirmaba mi pesimismo en la materia.

Suavizando aún más el extraño acento que lo caracterizaba, y empleando un castellano singular, aunque sin tropiezos, creyóse autorizado para encarecerme:

—No desoiga usted el pedido de Mr. Guthrie, que es muy razonable y caballeresco. La voluntad del difunto...

Aquella impertinencia me exasperó. Y más por contrariarlo, que con intención de proceder así, repliqué:

—Estoy, por el contrario, casi decidido a hacerlo. Es cuestión de conciencia.

Mi interlocutor palideció, deteniéndose aterrado.

—Señor!... por favor!... Por vida suya, señor!... imploróme suplicante.

Mas, entonces, súbitamente intrigado ante su actitud:

—Pero usted, repuse, qué papel juega en este asunto?

—Yo...? Yo soy egipcio como esa señora... Su compatriota. Ella no es culpable... Se lo juro... No!

—De modo que usted también la conoce... íntimamente?

Comprendió de golpe, a su vez, el mal camino que había tomado. Y recobrándose, dijo con gravedad:

—Soy, señor, el tutor de esa mujer. Esta es la verdad completa.

Lo era, sin duda, a juzgar por su acento y su reacción. Mas, el enigma, lejos de aclararse, se complicaba.

Con todo, era yo, a no dudarlo, el dueño de la situación, y decidí jugarla en un lance definitivo.

—Su declaración, sentencié con aplomo, lejos de tranquilizarme, aumenta mi perplejidad, si no mis sospechas. Hablaré con Mr. Guthrie, porque así se lo he prometido; pero mi resolución está tomada, a menos que usted resuelva franqueármese sin doblez. Entendido, por lo demás, que nunca me haré cómplice de un delito.

Palideció más aun, y detúvose nuevamente, para convenir en voz baja :

—Así sea. Nadie puede contrariar su destino. Tiene Vd. en sus manos, sin saberlo, el de la más extraordinaria mujer, y ojalá no le sea fatal un día la revelación con que va a violentarlo. Pero, no hay tiempo que perder. Venga Vd. conmigo, señor, y conocerá por mi boca, que nunca ha mentido, el secreto de Sha-it.

—De Sha-it? pregunté, ligeramente turbado por aquella solemnidad.

—Sí, el secreto de Sha-it-Athor, la Señora de la Mirada.

IV

—Mansur bey...—había dicho, aclarando su nombre, hasta entonces confuso, mi singular confidente, mientras me hacía los honores de su sala oriental, nada opulenta sin embargo.

Esto no impidió que yo resolviera observarlo todo con interés; pues lo distante del barrio, así como las palabras del personaje, indicáronme de sobra que me hallaba en la casa de aquella egip-

cia a quien él diera poco antes nombre y título tan extraños.

—Deseo, antes que nada, enterar a Vd. de mi persona y situación, empezó diciendo.

Mi título de bey es puramente honorífico, pues me ocupo del comercio de diamantes que, muy afectado por la guerra y por las exigencias de los lapidarios holandeses, no cuenta en la actualidad sino con media docena de plazas importantes, casi todas americanas.

Sha-it, que es huérfana y viuda, vive conmigo desde varios años atrás, y he aquí por qué nos hallamos en Buenos Aires.

Mi modo de hablar el español, que advirtió Vd. en seguida, proviene de que lo aprendí entre los israelitas del Cairo, donde hay muchos descendientes de los expulsos de España; aun cuando fué mi profesor Abraham Galante, nada menos, el ilustre hebraísta hispanófilo, a quien Vd. conocerá como autor.

Quiero recordarle, también, porque no es un secreto ya, que el movimiento general del Oriente en favor de la independencia, ha borrado casi del todo las ojerizas de raza y de religión, tan funestas para nosotros durante siglos; éxito que principalmente se debe a las fraternidades ocultas, unidas por un vínculo común, no ajeno tam-

poco al conocimiento de Vd. Así desde los sikas hindúes hasta los drusos del Líbano, y desde los shamanes siberianos hasta la nunca extinta masonería de Menfis...

—¿La Menfis faraónica?—pregunté con sorpresa.

—Sí, señor. La Menfis de los faraones. Aquella hermandad ha sobrevivido, como tantas otras cosas egipcias; y el vínculo que dije, nos acerca, a despecho de la odiosidad, particularmente viva contra los judíos en el Oriente también.

Verdad es que tenemos, como lo verá Vd., parentesco antiquísimo con aquella raza, aun cuando esto suele resultar más bien un motivo de antipatía entre los pueblos; mas sólo quiero, por ahora, referirme a mis paisanos.

Mr. Neale hábale dicho a Vd., según lo leí en su narración, que los «felahs», o campesinos de mi país, saben y callan muchas antiguas cosas.

Es de inferir que los descendientes de las clases elevadas, pues aun quedan familias cuya tradición remonta a los faraones, sepan algunas más importantes por cierto.

Sha-it pertenece a una de aquéllas, por abolen-go dinástico; y cuando nació, sus padres, que profesando, en apariencias, el cristianismo jacobita,

seguían fieles a las antiguas costumbres, mandaron sacarle el horóscopo magistral.

Yo eché los cálculos, a la usanza de Tebas, y el cielo reveló un destino maravilloso.

Pues como Sha-it es de sangre real, debía compararse su horóscopo con el de las antiguas reinas, hasta Cleopatra, mediante el archivo astrológico que la logia menfita custodia hasta hoy en criptas inexpugnables.

Debía compararse, insisto, porque las almas de los muertos renacen con destino semejante o complementario al de su vida anterior, cuando han transcurrido de tres mil a tres mil quinientos años.

Esto lo saben también vuestros arqueólogos, por la lectura de los jeroglíficos; mas, como dicha escritura tiene cinco claves, y ellos no han descubierto sino dos, ignoran muchas cosas sobre el misterio de la muerte: entre otras, que el sexo no cambia mientras debe el alma renacer, y que cuanto más elevada fué su vida terrestre, más prolonga el plazo de su reencarnación.

De aquí que el horóscopo de Sha-it concordara con el de la reina Hatshepsut, muerta hace alrededor de tres mil quinientos años...

Aquello era demasiado fuerte para no indignarme.

—Bonita novela!—exclamé, riendo con airada malicia ante la enormidad.

Pero la actitud del egipcio me contuvo.

Apoyada su mejilla en la mano izquierda, sus ojos profundizaban con tal evidencia el misterio de las edades abolidas, su voz venía tan seguramente desde el fondo de la eternidad, su aspecto habíase revestido de una autoridad tan serena, que toda sospecha desvaneciase al punto; y como una emanación vagamente vertiginosa, algo suyo, no sé qué, pero, algo sensible, que ahora me asombra y que entonces me pareció natural, imponía a su narración una certidumbre contemporánea.

V

—Hatshepsut, continuó, sin hacer caso alguno de mi protesta, Hatshepsut, cuyo nombre leen mal los arqueólogos, pues debe pronunciarse Hatsú, fué, como Vd. recordará, la terrible faraona de la reconquista.

La flor de oro y de hierro, de belleza y de gloria, en que triunfó hasta resplandecer sobre los tiempos aquella décimaoctava dinastía, que li-

bertó a Egipto del dominio extranjero, prolongado tres centurias por los Hicsos asiáticos.

Renacida en Sha-it, ésta es, pues, la esperanza de Egipto. Pero su destino como tal flota todavía en la sombra futura...

...Y el don de profecía—añadió como soñando—pertenece sólo a los maestros del tercer vértice, que no alcanzaré ya en mi actual existencia...

El horóscopo, que es también nominal, impuso a la recién nacida el nombre de Sha-it-Athor, realmente formidable, si se considera que está compuesto con el de la diosa del destino: Sha-it, y con el de la Afrodita egipcia Athor, deidad del agua, como la griega, y patrona de la belleza por los ojos: o como se dice en lengua ritual, Señora de la Mirada.

Pero aquí reclamo toda su atención, porque las cosas van a complicarse un poco.

Sha-it es nativa de Esné, donde había residido Mr. Neale, como empleado del ferrocarril del Cairo a Asuán; y esta circunstancia fué la que los aproximó con simpatía, después de aquella conferencia sobre magia egipcia que dió el ingeniero en el hotel.

Esné era uno de los grandes centros mágicos del Egipto faraónico: una de las ciudades de

Athor; y como eso provenía de la situación geográfica y magnética del punto, no de una fundación caprichosa, los griegos, cuya mitología fué de procedencia egipcia, cambiaron el nombre de la ciudad por el de Latópolis, en la época de los Tolomeos, poniéndola así bajo la advocación de Latona, la madre de Apolo, una de las diosas de belleza, que al ser personificación de la noche (la noche es, naturalmente también, madre del sol) tenía estrellas por ojos: resultando, pues, una Señora de la Mirada. Nada había, entonces, de arbitrario en todo esto.

Latona fué todavía, según usted recordará, perseguida por la serpiente Pitón, a la cual mató Apolo con sus flechas. Y la diosa egipcia Sha-it hállase vinculada por su nombre con Shaí, la misteriosa serpiente barbada del Nilo, que según los felahs vive aún en las aguas del río sagrado.

Perdóneme Vd. estos detalles cuya mención va poniéndolo, por lo demás, en contacto con el antiguo misterio. La serpiente del Génesis tenía ojos de diamante, y tentó a Eva para el primer amor; y uno de los cuatro ríos del Edén era el Nilo...

La fatalidad de la serpiente, o sea el poder de perdición por los ojos, debía pesar, pues, sobre Sha-it, y así es para su desgracia.

Casada muy joven, a los catorce años, como se

estila en Oriente, uno después era viuda por suicidio de su esposo: tragedia que ella provocó sin saberlo, bajo la acción de la fatalidad, sólo porque a ruego de aquél, y cediendo al abandono del amor, había consentido mirarlo en el instante del beso supremo.

Nunca, por lo demás, lo ha sabido; ya que al producirse aquella desgracia, iniciadora de una serie fatal, la logia menfita, de acuerdo con sus padres, me encargó su custodia.

El segundo episodio tuvo peores consecuencias para ella, y hallóse íntimamente relacionado con el descubrimiento del hipogeo de Hatsú.

VI

—Cuando la visita que, según Vd. mismo ha relatado, hizo Mr. Neale a esa tumba, en compañía de su ayudante Mustafá, éste habíale dicho:

«Los antiguos pusieron espíritus materiales para guardar la entrada de las criptas. Son los vengadores siempre despiertos. Cada cual tiene su modo de ofender, pero todos matan. En poco más de un año que duró la excavación de este sepul-

cro de la reina, hubo dos suicidios entre los exploradores.»

Esto es lo que voy yo a narrarle.

Fueron dos jóvenes ingleses que habían cortejado un poco a Sha-it, como todos los de la alta sociedad del Cairo; pues aquélla, en sus dieciocho años entonces, alcanzaba una plenitud de belleza que era, sin exageración, el orgullo de la ciudad.

Contribuyó a aumentar esta fama un detalle que al ser de motivo secreto como el destino de Sha-it, debía enconar después la calumnia de que fué víctima:

Nuestro ritual prohíbe el luto a las reinas; y mientras está el sol en el horizonte, no pueden ellas despojarse de las joyas sagradas que las defienden contra toda posesión; las ajorcas de tres metales, los brazaletes de cinco piedras preciosas, los siete collares y la diadema con el áspid avanzado para morder el corazón enemigo.

Ambos caballeros, como directores de la exploración, fueron los que, por codiciada preferencia, abrieron la cámara fúnebre.

Ninguna excavación había sido tan costosa como la de ese hipogeo: más de un año para escombrar doscientos y tantos metros de galerías y de cámaras.

Estas últimas contenían, como es sabido, un

tesoro inapreciable en estatuas, muebles, objetos de lujo; pero la mortuoria, según ocurre siempre, no encerraba sino el sarcófago: triple féretro de piedra en la cripta completamente dorada.

Sin embargo, al lado mismo de la puerta que obstruía con ligero tropiezo, había un precioso taburete incrustado de marfil, sobre el cual—delicada y al mismo tiempo ingenua coquetería en frívola lucha con la eternidad—habían dejado un espejo. Probablemente el más íntimo del regio tocador, a juzgar por su elegancia sencillísima: un óvalo de plata pulida, montado en un mango de ébano que un loto de oro aseguraba, decorándolo a la vez.

Aquel objeto, sin más destino aparente que una ofrenda sentimental y baladí, era, no obstante, el vengador encargado de la ejecución misteriosa.

Mas ello requiere todavía algunas explicaciones previas.

Los antiguos atribuían a los objetos íntimos un alma elemental, o «doble», que les transmitía el contacto humano; y por esto daban nombres personales a sus bastones, joyas, pomos perfumarios, espejos. . .

Pero estos últimos cobraban a ése, y a otros respectos, una importancia especial, por su vinculación con el don de la mirada.

Nadie ignora tampoco, pues todo esto es de arqueología clásica, la importancia de los ojos en la simbología egipcia.

Ojos de esmalte, dotados de sorprendente vida, y montados en placas de metal, representaban, al sol el derecho y a la luna el izquierdo. Eran «los ojos de Horo», el dios párvulo a quien Athor servía de arca o nave conducente, y que personificaba al sol de los muertos, «el sol verde de la media noche». Por lo cual llamábanle también Príncipe de la Esmeralda. Amuletos propicios o maléficos, de ahí provino la creencia en el mal de ojo.

Athor era también, en aquel caso, diosa de la muerte; y bajo el nombre de Nub, que es el mismo del oro, la guardiana de la momia bajo cuyos rasgos renacerá el difunto. Por esto se conservaba en una máscara de oro que coronaba la caja fúnebre, propiamente dicho, el rostro de los reyes muertos. Amor y muerte son, pues, las potencias de Athor.

Los ojos de esas máscaras, como los de ciertas estatuas que los han conservado, son de una vida intensa hasta el miedo. Pues los antiguos lograron lo que no se ha conseguido después: fijar en los ojos artificiales el poder de la mirada.

Puedo decirle, todavía, que alcanzaban dicho

efecto mediante cierta incidencia angular en la disposición del globo y de la cavidad orbitaria, cuyo secreto se ha perdido.

De aquí que hasta con las pupilas vaciadas y el rostro casi destruído, como la Grande Esfinge, las estatuas miren aún cual si fuesen verdaderas personas.

Recuerde usted los ojos del escriba acuclillado del Louvre, que insisten hasta hacer daño. Y, sin embargo, no son más que dos trozos de cuarzo blanco que engarzan dos pupilas de cristal de roca, en cuyo centro brilla un clavito de bronce.

Los más «vivos» de aquellos ojos eran de plata, y simbolizaban a la luna o a las estrellas, astros del amor fatal.

VII

—El espejo, puesto de faz sobre el taburete de la entrada, conservaba, gracias a esa disposición, el pulimento de su luna.

Y como en todos los casos, habíase contado para la ejecución del castigo, con el movimiento natural, que tratándose de un espejo conduce a mirarse en él.

Pero, con indescriptible asombro de los exploradores, no fueron sus rostros los que aparecieron en el pulido metal.

No sus rostros, por ventura, sino el de una maravillosa mujer, cuya mirada, viva hasta el deslumbramiento, entró en sus almas, quitándoles toda potestad de palabra y de reflexión, hasta poseerlas en un vértigo que inspiraba la delicia insaciable, y con ello necesariamente mortal.

La reina había eternizado para el castigo su propia mirada fatal—la mirada de belleza y de muerte.—Y a la luz de las linternas exploradoras, que reforzaba con un reflejo casi solar el intenso dorado de la cámara fúnebre, su rostro vivía con la vida del «doble» o alma rudimentaria del espejo despierto al contacto humano. Vivía como sonreído y flotante en una atracción abismal, próximo y remoto, a la vez, dentro del óvalo encantado, infundiendo ese desfallecimiento del corazón que no es sino la aceptación irrevocable del destino, ante el verdadero amor o la hermosura suprema.

Y la impresión fué tan intensa que ambos se volvieron instintivamente a mirar.

Nada... Nadie...

—¡Una mirada de tres mil años!—dudé yo en voz alta.

—¿Por qué no?—repuso el egipcio con sencillez.—¿No duran lo mismo en las criptas, perfumes, huellas en el polvo, flores delicadas, que el mero contacto del aire desvanece? ¿No perpetúa el escultor algo tan fugaz como la sonrisa en el mármol o en el bronce?...

Así los poseía, pues, aquella mirada.

Hora o minuto, el tiempo no contaba ya. Pero, de pronto, una angustia los sobrecogió: el rostro, que no retrato, empezaba levemente a borrarse. Mejor dicho, se alejaba, sin dejar de imponerles, profundo hasta la desesperación, el prodigio de sus ojos.

El espejo se dormía.

Se dormía, es la palabra justa; porque si los objetos magnetizados pueden conservar su latencia indefinidamente, con tal que se les asegure un reposo perfecto — y así hay cadáveres que se mantienen intactos durante siglos,—la tibieza simpática de la mano provoca en ellos, como el agua hirviendo en las plantas secas, un despertamiento fugaz.

Arrancándose al hechizo, ambos tuvieron la misma idea: conservar fotográficamente lo que pudieran obtener al sol. Mas, por rápidos que anduvieran, la imagen estaba ya asaz borrosa cuando alcanzaron la superficie del desierto.

Con todo, el sol africano, así como la pericia y las buenas máquinas, debieron ayudarlos bien; porque dos días después, al practicarse la indagación judicial del misterioso doble suicidio que consternó a la ciudad, hallóse en la cartera de cada uno la semivelada pero perceptible prueba fotográfica del retrato de Sha-it.

—De Sha-it!—exclamé yo.—Entonces?...

—Así era, en efecto: Hatsú renacida en Sha-it.

Lo que esta última debió padecer con la investigación y las sospechas imposibles de conjurar, fué terrible. Durante algunas semanas llegué a temer que enloqueciera. Ella, como todos al fin, creíase perseguida por asechanzas infames que habría provocado la envidia de su belleza.

VIII

—El espejo vino a mi poder entonces, costándome un dineral; pero nada quedaba ya en él, bajo el recobrado brillo de la plata. Habíase dormido para siempre.

Lo verá Vd., pues lo he conservado.

Ebano, plata y oro! Si los dos pobres suicidas hubieran entendido algo de magia, no lo tocan

jamás. Pues la combinación de materiales apropiados, al ser esencial para los talismanes, revela también su objeto.

Mas los antiguos sabían que quien viola una tumba puesta bajo ciertos signos, es porque ignora los secretos.

Así, hallábase también a la vista, en el mango, el nombre del espejo fatal: triple jeroglífico, que para vuestros arqueólogos significaría puramente «ahh-or-za»: el dormido, lo cual era ya inquietante; pero que, leído con una clave superior, indicaría algo cuya importancia deducirá Vd. por el valor individual de cada signo: el antebrazo, símbolo de la fuerza ejecutiva; el ojo palpebrado, símbolo del ensueño; y el cuerpo fecundo de la mujer, o sea su tronco y senos.

Pero, volvamos a la desgracia de Sha-it, complicada en el proceso y víctima de la calumnia que desde entonces la persigue.

La infeliz, absuelta en suma, como era de esperarse, ausentóse conmigo, para no volver jamás. Tal es, al menos, su intención. Y cuando al cabo de los veinte años transcurridos, empezaba a olvidar la horrible pesadilla, a renacer para el amor que reclaman su hermosura y su juventud, ya ve Vd., señor. . . Apíádese de ella! . . .

Un vago sollozo le cortó la palabra. Y como yo,

turbado, no respondiera, creyó deber insistir para convencerme :

—Tales ojos, señor, son una fatalidad de raza. Son los ojos idumeos que atrajeron sobre Cleopatra el amor y la desventura.

Por eso el parecido singular entre los retratos de aquélla y de la reina Hatsú, respectivamente conservados en los templos de Denderah y de Dair el-Bahari. ¡A mil quinientos años de distancia entre una y otra!

Cleopatra fué hija de una princesa idumea. Hatsú, nieta de una concubina de la misma nación que su abuelo, el faraón Amenotis I, había tomado, para robustecer la reciente insegura alianza con aquel país, pequeño, pero indispensable al paso de las grandes expediciones contra el Asia.

Observe Vd. en la reproducción de aquellas imágenes, la nariz fina y ligeramente arqueada, los largos ojos, la esbeltez felina con que dotó a ciertas razas asiáticas la diosa Sejet, su creadora. Por ella somos parientes con los hebreos. Era la diosa leona, terrible también por los ojos, y patrona de la elegancia corporal.

Y para acabar de convencerlo sobre la realidad de ese hechizo cuya nativa posesión excluye toda responsabilidad en las desgracias que ocasiona, quiero revelarle la existencia actual de una rama

judía, procedente de la antigua Idumea, cuyas mujeres conservan el don fatal en sus ojos negros o azules, y a la cual caracteriza públicamente la peculiaridad de que, en cualquier idioma, pronuncia así la letra...

Pero la puerta del salón abrióse con brusquedad en ese instante, y una mujer arrebatada por la aflicción o por el miedo, apareció, estrujando un papel, entre un cascabeleo de brazaletes.

Sólo acerté a enderezarme, deslumbrado por aquella aparición.

Hallábame ante Sha-it, la Señora de la Mirada.

IX

Cuanto pude imaginarme, palideció ante la realidad.

No sé qué era más subyugador, si la hermosura o la rareza de su tipo.

Tenía realmente ante mí una egipcia faraónica.

Y su presencia bastaba, al punto, para imponer, con una evidencia de esplendor, el dominio de la reina.

Esbelta hasta la vibración, como esos juncos

que aun bajo la más perfecta calma están cimbrando con una especie de interna música, su delgadez aérea, exagerándose en finura ascendente, a la manera de una larga flor, perfilaba apenas, en la gracia del andar, la angosta evasión del flanco felino.

Para acentuar la impresión, su levísima túnica verdemar, sin ninguna transparencia, no obstante, revelaba su cuerpo como en una difusión de agua intranquila.

En la iluminación, que puedo más bien decir relámpago de la entrada, sus altas chinelas de oro habían relumbrado como cabezas de serpiente en un erizamiento de lentejuelas.

Ricas pulseras de colores, sobrecargaban con suntuosa pesadez sus brazos de ámbar; pero sus dedos fuselados, que se angustiaban sobre el afligente papel, ostentaban de único adorno la alheña que por mitad los teñía.

Palpitaban en su garganta, con centelleo multicolor, los siete collares; y sobre su frente, erguíase como en el aire, al estar retenido por invisible diadema, el áspid de esmalte verde cuyos ojillos eran dos chispas de diamante.

Oyóse, al parar de golpe ante nosotros, el choque como marcial de las ajorcas; y un perfume

dulcísimo, de suavidad excesiva hasta el desmayo, «aquel perfume» otra vez, abismó la sala.

Pero, nada menos que ese atavío, anómalo en un día de luto, a no ser por la obligación ritual— nada menos, digo, requería la prodigiosa mujer.

Su tez casi cobriza, parecía iluminarse con dorada suavidad, en una morena transparencia de dátil. Sus cabellos, tenebrosos hasta lo siniestro, agobiaban la frente, echando sobre los párpados la sombra arrogante y torva a la vez de un casco guerrero.

El áspid verde, que salía casi del entrecejo, animábase con el sombrío vigor de aquella mata, como en sutil delirio de ponzoña y de aroma.

Leve temblor exaltaba en él la vida de la intensa cabellera. Comprendíase que a título de insuperable lujo, cualquier adorno habría resultado en ella insignificante; y que por esto su dueña escondía hasta la diadema ritual, preservándole en tal forma la integridad de su negro esplendor.

Y contrastando, en el fino cobre del rostro, con aquella melena de ardiente lobreguez, que devoraba las finas cejas nerviosas, sus ojos azules, hondísimos, inmensos, que un poeta árabe habría cantado, al morir por ellos de amor, «implacables como el destino y largos como el tormento», di-

lataban, con la pureza inconquistable de la luz, la antigua serenidad del mar violeta.

Pureza y serenidad, he ahí su expresión divina.

Aunque seguramente habían llorado, su rayo celeste conservaba una limpidez de estrella.

La fatalidad del amor, lejos de turbarlos, comunicábales la ingenuidad atónita de una perpetua adolescencia. La altivez del dominio absoluto caía de ellos como un lejano favor. Iluminados por una vida excelsa, que ya era divinidad, superiores al bien y al mal en la perfección de la belleza, lo que más atraía, sin embargo, en ellos, dimanaba de su potestad indudable sobre la muerte.

Por qué digo indudable?...

Yo mismo no acertaría a explicarlo. Pero trátase de una impresión más segura que el raciocinio. Así, en algunos casos, ciertas presencias invisibles, pero evidentes.

Contenida ante el forastero, la Señora de la Mirada, para aplicarle su justísima advocación, había recobrado una imperiosa serenidad.

Noté entonces el delicado perfil de halcón ligeramente huraño, la boca soberbia y carnal que se entreabría sobre los dientes luminosos; y este detalle, al fin humano del todo, que solamente

podía advertírsele de costado: las pestañas de largura infantil, cargadas de tristeza, como si estuviesen goteando profundas lágrimas.

Pero, en ese instante, Mansur bey rompió el encanto, alargándome el papel con inquietud.

Era la citación del Juzgado para declarar sobre el suicidio.

X

Bastóle, sin embargo, la expresión de mis ojos; y dirigiéndose a ella en inglés, por lealtad y por cortesía, díjole con tranquilas palabras que interpretaron exactamente mi pensamiento:

—Nada temas. Este caballero nos ayudará, proporcionándonos un abogado amigo. Parece que no te corresponde ninguna responsabilidad en esa desgracia.

Me incliné asintiendo, y Sha-it agradeció con triste sonrisa.

Entonces, al mirar de nuevo sus ojos, advertí que tenía el poder de apagarlos como las serpientes.

Después, a unas breves palabras en árabe que

su tutor le dirigió, fué a sentarse en un diván con abandono resignado.

Cualquiera imagina mi curiosidad, las preguntas que palpitaban en mis labios.

El egipcio, que penetraba una vez más mi pensamiento, adelantóse a contestarlas, volviendo a emplear nuestro idioma, mientras me advertía:

—No se inquiete Vd. por ella, pues no comprende el español.

Y luego:

—Tampoco arriesgue conjeturas. No se halla Vd. inscripto en su destino. El otro lo estaba, y la fatalidad empezó a gravitar sobre él desde su visita al sepulcro de la reina.

Asimismo, es vano su temor del perfume.

Cuando la antigua soberana trasplantó a su jardín los sicomoros de incienso que le trajeron del País de las Aromas, reabrióse para Egipto la era de los perfumes sagrados.

Las antiguas macetas existen aún, excavadas en la roca viva, entre los escombros de Dair el-Bahari. Pues todo esto es, adviértoselo una vez más, rigurosamente histórico.

Tomando aquel incienso como base, la perfumería real fabricó seis esencias de las siete que constituyeron los óleos rituales para el sacrificio

de los dioses y para el supremo bien de los vivos y de los muertos. Por eso todos se parecen.

Los arqueólogos sólo conocen el nombre de uno: el Hakanú, o «perfume de aclamación», como se lo llamaba por su propiedad de arrancar aplausos, tal como provoca la risa el gas hilarante o protóxido de ázoe de vuestros químicos.

Ese fué el perfume real de las ceremonias.

Habrá Vd. hallado algo de eso en sus estudios sobre la antigua «Orden de los Asesinos», que, perdonando mi abuso en gracia de mi buena intención, debería Vd. abandonar en el punto adonde ha llegado.

Pero, volviendo a los perfumes, la reina antigua fué la inventora del séptimo, el más parecido al de la muerte por su intensidad y penetración: «Atórat-el-Yamal», el aroma de belleza, conforme está descrito en los jeroglíficos que Augusto Mariette descifró:

«Su Majestad en persona fabricó de su propia mano una esencia aromática para todos sus miembros. Entonces exhaló el perfume del rocío divino; su piel brilló como el oro y su rostro resplandeció como las estrellas en la gran sala de las fiestas».

La egipcia se estremeció como si entendiera.

El sol meridiano entró en ese momento por la

ventana exterior, iluminándola con su pincelada oblicua.

Y, fuera sugestión del arcaico texto, o ilusoria impresión del rayo solar, bajo la túnica súbitamente transparentada, su cuerpo resplandeció como el oro.

XI

Ahora, cuando falta, quizá, lo más importante, advierto mi ligereza en haber prometido bajo palabra de honor, que no diría una palabra más sobre el secreto de Sha-it.

No creo mucho en las consecuencias de una indiscreción, y hasta es probable que la única víctima haya sido mi credulidad; pero el temor de cometer una mala acción me contiene.

Añadiré, únicamente, que soy propietario del espejo, valiosa reliquia en verdad, y no hay para qué decir que continúa siempre «dormido».

Con todo, mirándolo bajo cierta incidencia, páreceme que al cabo de dos o tres minutos pasa por el metal una especie de mirada que produce cierto mareo.

Y como no sé lo que es, si es algo, en suma,

ni me agrada la inquietud, ni profeso la arqueología, he resuelto donarlo mañana mismo al Museo Etnográfico de la Facultad de Letras, donde podrá verlo el curioso lector.

EL PUÑAL

A Ernesto Rodríguez.

EL PUÑAL

I

NUNCA como aquella mañana, había dado mejor fruto mi laboriosa soledad.

Acababa, efectivamente, de hallar por mis propios medios la palabra secreta de los iniciados drusos, el imperativo anagrama de la convocatoria, con que pretendían llamarse por influencia mental, a despecho de la distancia y de los obstáculos — verdadera llave de oro de su formidable hermandad — los discípulos del Viejo de la Montaña.

Nadie ignora la existencia misteriosa, si no es mejor dicho obscura hasta lo legendario, de aquella Orden de los Asesinos, que durante los siglos XI a XIII aterrorizó el Oriente musulmán, imponiéndose a los propios cruzados, hasta engendrar entre ellos mismos la hermandad filial de los Templarios, no menos enigmática para la historia de la cristiandad.

Difíciles estudios sobre su carácter sombría-mente romántico, y sobre su fundador, el Viejo de la Montaña, acababan de llevarme a ese resultado más quimérico que histórico, pero, por lo mismo, más interesante para un poeta.

Precisamente, el Viejo de la Montaña fué discípulo del famoso bardo persa Omar Khayam...

Fruto, pues, de una empeñosa labor, no exenta de peligros, según me lo advirtiera como al pasar el egipcio Mansur bey, cuando me refirió la historia que titulé «Los ojos de la reina», creo inútil añadir cuán profundo era mi contento.

Peligros, dije, ya que toda exploración del misterio los comporta, aun cuando sólo sean ellos la intranquilidad del alma o la excesiva tensión del raciocinio, fuera del también posible influjo eventual sobre fuerzas desconocidas. Así el descubridor de la pólvora cayó víctima de su propio invento, y Riemann, el matemático genial del espacio esférico, dió en el abismo de la locura.

En aquel estudio habíanse aunado, por otra parte, la tendencia a las investigaciones cuyo absoluto desinterés constituye un lujo negativo — o sea la inutilidad espléndida que una mente productiva se costea con lo que deja de ganar — y esa especie de amor a la aventura que pudié-
ra-

mos llamar la provocación del destino...

Apresúrome a advertir que este autoanálisis, ya concluído por lo demás, explicará de suyo ciertas dificultades inherentes al relato.

No intento desaparecer en éste, con la impersonalidad narrativa cuya eficacia reconozco, porque no se trata, a la verdad, de una novela, sino de una historia.

Fatalista por temperamento y por experiencia, violé sin recelo la conocida prescripción de no pronunciar al azar las palabras secretas, que un descuido fonético puede volver contra el propio locutor, ensayando muchas veces el posible sonido de la que había descubierto: voz de curiosa semejanza con el célebre monosílabo *am* de los teósofos hindúes. Pero nadie ignora que todas las hermandades ocultas del Oriente tienen puntos comunes de intersección.

En esto me hallaba, cuando, con gran sorpresa de mi parte, dada la estricta consigna de aislamiento que resguarda mi labor matinal, la muca ma me anunció una visita.

—Pero, por Dios, Maggie, empecé con impaciencia, no tengo dicho que...

—Sí, señor, lo he negado ya dos veces; pero se trata de un caballero que parece muy afligido y que dice venir de parte del emir Arslán.

—Del emir? Eso es distinto — autoricé, no sin cierta extrañeza ante aquella insólita perturbación de mi disciplina que el prudente amigo conoce y respeta con estrictez de buen trabajador.

—Algo serio, indudablemente, — pensé todavía; y confiando en que el mudo reproche de mis carillas húmedas y mis libros abiertos abreviaría la visita importuna:

—Hágalo pasar aquí mismo, dije.

II

El desconocido, que representaba unos cuarenta y dos años, simpático de aspecto, elegante con sobriedad, vaciló ligeramente en la puerta.

Habíalo, quizá, desconcertado algún reflejo de contrariedad en mi semblante que me apresuré a componer por cortesía; y atribuyo a esta fugaz preocupación la idea confusa de haberle oído murmurar en árabe, mientras tomaba el asiento que le indiqué:

—*Asáhu jairón!* (más vale así).

Pero, acto continuo, su voz de franqueza varonil, bien que muy suave, alzóse para decirme

en castellano, apenas turbado por leve guturación:

—Discúlpeme, señor, que haya invocado con abuso el nombre del emir, nuestro amigo. La verdad es que vengo por mi cuenta, o mejor dicho por la de usted. Pues, dado su conocimiento de la Santa Fidelidad, usted sabe perfectamente bien que se acude a un llamado suyo.

Y ante el ademán de asombro que no intenté reprimir:

—Pudo usted soñarlo anoche; pero esta mañana lo reiteraba despierto. Creí que algo lo amenazaba. Por esto insistí en ver a usted.

Sentí un estupor más cercano a la veneración que al miedo.

Efectivamente, la noción de la palabra secreta hábame venido al despertar, como esas lecciones que, de muchacho, abandona uno, para dormirse descorazonado, y que resulta haber aprendido durante el sueño.

El desconocido añadió con naturalidad:

—No es acierto casual, ni fruto de su estudiosa dedicación, por lo demás muy meritoria. Tiene que venir de más lejos, como usted mismo verá. Entretanto, permítame:

Debe ser usted de raza española, sin mezcla. Por ahí se puede tener siempre algo de árabe.

¿Correspondió su nombre de pila al del santo que señalaba el almanaque el día de su nacimiento?

—No; fué una ocurrencia de mi madrina.

—Una ocurrencia es siempre una revelación. Así tuvo usted en su nombre la doble ele inicial que corresponde a su signo astronómico — los Gemelos, no es cierto?—y repetida por contenido fonético, la influencia del León, que significa el imperio de la violencia en su destino.

—Confirmada—añadí, tendiéndole la palma de mi mano izquierda con voluble abandono de la jovialidad—por una doble señal de muerte violenta...

El desconocido echó una viva mirada sobre mi nítida red palmar.

—¡Y todavía con el signo del puñal en el valle de Saturno! Diablo, señor Lugones, agregó, riendo a su vez, su caso podría ser inquietante.

—Por qué? interrumpí. Si es realmente la fatalidad, fuera inútil oponerse a lo inevitable.

Mi serenidad, turbada un instante, había vuelto, impulsándome a esa especie de contraofensiva sobre mi sorprendente interlocutor.

Sólo entonces pude reparar en algo no menos extraño:

¿Cómo era que estaba yo respondiendo sin fas-

tidio a ese interrogatorio de impertinente singularidad?

La fisonomía de mi visitante bastaba para explicarlo.

No aparentaba, he dicho, más de cuarenta y dos años, aunque era, sin duda, de mucho mayor edad; pero ésta, a su vez, resultaba inapreciable.

Tratábase, evidentemente, de uno de esos dominadores del misterio cuya impresión queda indeleble en quien ha visto alguno, siquiera fuese al pasar.

Bajo el ondulante cabello, de intensa lobreguez, la frente erguía con serena pujanza, al par que luminosa de sensibilidad, como si se le transparentara en limpidez de alabastro el pensamiento, ya encendido con irresistible esplendor en sus ojos pardos, estriados de oro. La nariz, de rectitud casi griega, acentuaba con su línea segura la firmeza del rostro esculpido con enérgica enjutez. Quijadas y pómulos, en ajustado remache, perfilábanse bajo la flúida tranquilidad de la barba. Su largo rostro era todo expresión, definida con la tajante nitidez de la espada por el filo. Su faz, consumida por dentro al ardor de la llama espiritual, animábase con la requemadura entre metálica y coriácea de los pámpanos curtidos por el sol. Una nobleza serenísima aislábalo sin

rigidez, dignificando la autoridad de la lenta mano que corría por la barba con un ademán de fluidez paralela.

Unicamente su boca gruesa manifestaba en la caída de las comisuras una amarga desolación de vencido. Pero ese rasgo alteraba la fisonomía entera con tanta pasión, que acto continuo infundióme una especie de dolorosa cordialidad. Por ahí era humano y próximo aquel hombre distante.

Distante, a fe, como si estuviera constantemente acercándose sin llegar, desde el fondo de un espejo.

III

—La fatalidad, dijo, refiriéndose a mis palabras con grave tristeza, es lo que me impulsa a implorar su socorro en favor de un inocente.

Y sin esperar respuesta:

—¿Cree usted justa, según sus estudios, la denominación de asesinos que dieron los cronistas occidentales a los miembros de la Santa Fidelidad?

—No, por cierto, respondí. Es un equívoco bien

conocido, sobre la voz arábica «hashishin», o tomador de «hashis», y el sistema criminal que se atribuía a los afiliados, por su siniestro título de «Caballeros del Puñal».

—¿Y sabe usted por qué tomaban el «hashish» y llevaban siempre un puñal consigo?

—Lo del puñal sí, lo del «hashish» no, a menos de aceptar la leyenda según la cual se embriagaba a los iniciados para darles una impresión anticipada del Paraíso, poniéndolos en la misma situación que al «dormido despierto» de las Mil y una Noches...

Mi visitante sonrió con desdén.

—Y el puñal? dijo.

—El puñal, por resguardo contra las potencias hostiles de la sombra: un acero agudo, como los sikas de la India; y por necesidad patriótica, dado el carácter nacionalista de la hermandad.

—Ignoraba que hubiera usted penetrado tanto el secreto de la doctrina.

Patriotismo desesperado, en efecto!

No éramos más de cien mil para defender el Oriente fatimita contra la invasión de los cruzados, la reacción de los abasidas, tan poderosos en Bagdad, y la usurpación de los ayubitas, capitaneados por Saladino, nada menos: el vencedor de Ricardo Corazón de León.

Impotentes ante el número, fuera de nuestros cerros fortificados, la defensa de la patria imponía la ejecución del puñal.

Por esto no elegíamos sino las cabezas responsables.

Reyes, sultanes, ministros enemigos: he ahí las víctimas de la Santa Fidelidad.

Asesinos, tal vez, héroes siempre, mártires con frecuencia, no hubo afiliado que rehuiera el peligro ni cediera al tormento.

Obligados a la ejecución de los poderosos en las fiestas y ceremonias públicas, único medio de acercárseles, simulando el entusiasmo del admirador, la devoción del converso, la dedicación del criado, el adepto sabía que tras su puñalada justiciera, sobrevendría sin remisión su propia muerte.

Ninguno rehuía jamás su deber terrible.

Y qué se les ofrecía en recompensa? Qué podía ofrecerles una orden proscripta a muerte por las potencias de la tierra; aislada en fortalezas que eran cerros desapacibles hasta para las águilas; abstinerente del vino y de toda propiedad personal, fuera de las armas y del vestido puesto, y respetuosa de la mujer hasta la veneración...

No hay musulmán, con serlo ellos tanto, que

pueda, en esto último, comparárenos todavía. La mujer, aun adúltera, es sagrada para el druso.

La leyenda del «hashish», que anticipaba al iniciado la hartura sensual y los besos de las huríes, es, pues, absurda: juego de niños, inconcebible con aquellos bravos y aquellos sabios que hicieron de la primera gran logia, llamada Casa de la Sabiduría, una verdadera academia de ciencias, famosa en todo el Oriente.

Escuela libre para el aprendizaje de todas las ciencias profanas, su renta anual ascendía a doscientos cincuenta mil dinares de oro. ¡A principios del siglo XI, señor, cuando en la Europa bárbara no había rey que poseyera esa suma!

—¿No era, inquirí con cierta pedantería impertinente, aquella academia del Cairo cuyas sesiones presidían los califas, y cuyos mantos doctorales conservan hasta ahora las universidades inglesas?

—La de la banderola verde, la beca más antigua del mundo, confirmó mi visitante—sacando de su bolsillo una vieja cinta de ese color, sobre la cual descoloríanse letras de oro.

En aquel instante, una alborotada ráfaga de otoño entró impetuosa por la ventana inmediata a él.

Pero, con grande asombro mío, la cinta que

colgaba de sus dedos permaneció inmóvil como un listón de madera. Acababa de verla desplegarse, sin embargo, y mis papeles estremecíanse aún con el brusco soplo.

Supe, no obstante, contener mi sorpresa, mientras él proseguía, con naturalidad, arrollando el gallardete:

—La iniciación prescribía el «hashish» al entrar en el tercer grado, con el fin de poner al adepto en trance de recibir la comunicación de ciertos poderes ocultos.

No era otro el objeto del «kikeón» que tomaban los iniciados en los misterios de Eleusis; y los cristianos consagran con vino, que es también una bebida embriagadora. En el siglo II los acusaban de ebriedad mística, como a «nuestros» hermanos novecientos años después.

¿De dónde me vino en ese momento la loca idea de que, no obstante su aspecto actual, aquel hombre había visto lo que narraba?

¿Fué su expresión remota, la seguridad de su palabra, el incidente singular de la banderola?...

No lo sé. Pero, aquel «nuestros hermanos» de su frase final habíame desagradado ciertamente; ya que, ni en equívoco verbal, conveníame el vínculo con los asesinos, por decirlo así, clásicos.

Empezaba a colegir, tarde quizá, la naturaleza del riesgo que Mansur bey me había advertido.

Mi interlocutor comprendió todo, acto continuo; y tras una mirada cuya intensidad me produjo la impresión de vago mareo del color escarlata, respondiome por simpatía mental:

—Saber la historia equivale a vivirla; ya que el tiempo es una ilusión de nuestra personalidad pasajera, como la fuga del paisaje ante el vehículo en marcha.

Y con el mismo tono de sonora profundidad:

—Lo que nos diferenció entre las hermandades secretas, con la única excepción de los Sikas hindúes, constituyendo a la vez nuestra fuerza y nuestra debilidad, fué que impusimos como condición para iniciar, la pureza de la sangre.

Nadie puede obtener los grados si no es de padre y madre drusos, a excepción de ciertos casos rarísimos de auto-iniciación, que revelan, por lo demás, afinidades desconocidas. Pero éstos no logran dar más que con algunas claves sueltas: el anagrama de la evocación, por ejemplo. . .

Es que sólo así, prosiguió, se alcanza la unidad infalible, por el renacimiento de las mismas almas, durante miles de años, en la misma comunidad; pues en la reencarnación hay también cruzamientos y bastardías.

Pero, del propio modo, redujimos al puñado que somos hoy.

Es la perfección de la nobleza, que impuso, y no por orgullo, ciertamente, el Viejo de la Montaña, aquel estupendo Hasán Sabah, quien, más poderoso que los reyes, jamás usó título ni gozó de ningún halago en la austeridad salvaje de su castillo montañés, cuyo mismo nombre era un símbolo: Al-Móut: la muerte.

Allá en su peñón de águila, sucumbe tras cuarenta años de dominio, sin más bienes que dos camisas de lienzo y un albornoz de pelo de dro-medario, cara al cielo, sobre la roca desnuda.

IV

Cruzó nuevamente por mi espíritu la impresión clara de que oía a un testigo presencial. Y con ello acentuóse todavía la contradictoria impresión de tenerlo a la vez próximo y lejano.

—El nombre de asesinos que nos dieron invasores y usurpadores, fué, pues, tan calumnioso como la imputación de impiedad.

Sabrá usted que el secreto final de nuestra doctrina enseña la igualdad de todas las religiones

en un común propósito de moral práctica, y la revelación de Dios en cada alma, mediante la posesión de la bondad: Dios está en ti mismo.

Así, el objeto supremo de la virtud es el hombre. El ejercicio de la fraternidad humana vale más que todas las prácticas rituales, inclusive la limosna y la castidad. La verdad es superior a la oración. El trabajo es la suprema dignidad de la vida.

He aquí la herejía que nos imputaban los fanáticos cristianos y musulmanes.

Consagrados únicamente a la defensa de la patria, éramos conforme a nuestra verdadera designación, los «Fedavi»: los sacrificados. Porque nuestro juramento de fidelidad comportaba la abnegación absoluta.

De ahí nuestros colores: el blanco del sacrificio sin límites y el rojo de la propia sangre ofrecida, que así resulta la suprema generosidad.

Esto es lo que aprendieron en nuestra iniciación, no cerrada entonces, aquellos cruzados que fueron después los Caballeros del Temple: los del manto blanco y la cruz escarlata.

Así quedó el rastro en los apellidos y en los blasones de Europa, que, como es sabido, tomó del Oriente estos emblemas.

Los Sidney de Inglaterra llevan el nombre que

dábamos en el primer grado de iniciación, al Viejo de la Montaña: «Sidna», nuestro señor.

El creciente de blasonar, con las puntas hacia arriba, que tomamos de Egipto, donde era el signo faraónico del poder, figura en el escudo de los Anglure de los Vosgos, y de los Lunones de Asturias, que, según creo, fueron sus antepasados...

Mas, mi sonrisa de incredulidad ante aquella que me pareció socorrida mención heráldica, advirtióle la importancia que doy a tan fantásticas vanaglorias.

—Sea como quiera, añadió, titubeando ligeramente, hubo muchas iniciaciones de templarios que la misma orden conservó secretas, sobre todo al agravarse su persecución. A esos verdaderos ejecutores pertenecieron los puñales que por rarísima excepción han llegado hasta nosotros, y cuyo tipo, llamado Nakkash-al-Móut, cincelador de la muerte, no lo fabricaban sino los «fedavis» de Asia.

Así hallé éste que poseo en el tenducho de un judío de Angulema.

Pasóme cortésmente el arma, que examiné con interés.

Era una hoja triangular, como de quince centímetros, tan tersa que allanaba su cuádruple ranura en la nitidez de un solo reflejo.

Pero, su impresionante mérito de pieza excepcional, estaba en la empuñadura de bronce.

La guarda representaba una lápida roída a medias por el tiempo, en cuya cara exterior el dueño europeo, probablemente, había grabado después con toscos rasgos las palabras *ci-git* (aquí yace), el cuadrado con punto central, símbolo de la sentencia, y una antorcha caída.

El puño era un esqueleto que, de pie sobre la loza, avanzaba con sesgo paso, echando hacia atrás el sudario sostenido por la mano izquierda sobre el descarnado esternón, mientras la derecha, caída al flanco, disimulaba en un pliegue del lienzo fúnebre el puñal pronto para herir.

La anatomía, de asombrosa perfección, llegaba hasta detallar en la oscura cavidad del tórax la columna vertebral, suelta en aquel hueco que atravesaba oblicuamente la luz por el vano de la garganta y por los espacios intercostales. Sacro, pelvis, huesos de la pierna que avanzaba al descubierto, brazos y manos, eran de la misma acabada cinceladura.

Bajo el desembozo del sudario, la calavera dilatada horrenda risa. Y el lienzo caía por detrás en largos pliegues de siniestra elegancia.

Mas, a pesar de tantas excavaduras y relieves, era notable la comodidad manual de aquel puño.

Sin perjudicar lo más mínimo al rigor anatómico y al desembarazo de la actitud, cada hueco de la figura afianzaba la posición natural de cada dedo, fuera directa o inversa la del puñal.

—Maravilloso! exclamé.

—Y si usted fija con intensidad su mirada en la hoja, añadió el visitante, y piensa sin discrepar en una persona ausente, no tardará en verla cual si estuviese a su lado.

—Como en los espejos negros, afirmé, recordando las esferas de esmalte oscuro que usan con dicho fin chinos y japoneses.

—Efectivamente, afirmó mi interlocutor.

No me representaba, pues, aquello mayor curiosidad; pero era naturalísimo que, desde luego, quisiera mirarlo a él.

Entonces noté con asombro que, precisamente, al fijar mis ojos en el puñal, su figura desaparecía. La hoja no lo reflejaba en su inalterada limpidez.

Para recobrarle sin hacérselo notar, evoqué la figura de un amigo cualquiera, que se presentó, como esperaba.

Mas, él, tomándome ya el arma con delicadeza:

—Erame indispensable, prosiguió, conocer su opinión sobre los «asesinos». De otra suerte no me arriesgaría el encargo que me propongo de-

jarle. Habríame limitado a impedir las consecuencias de un descubrimiento que sólo tiene por fin la curiosidad.

La fría decisión de su acento comportaba de tal modo una amenaza, que, sin dejar de alarmarme profundamente, sublevó mi indignación.

Pero todo reproche murió al instante en mis labios.

El semblante del desconocido habíase demudado con angustia mortal. Su visible dolor hallábase tan lejos de la ofensa, que cualquier sospecha hostil transformábase en compasión.

Y con voz más cercana y más sorda:

—Sepa usted, dijo, que nuestra veneración por la mujer proviene de atribuirle como causa fatal toda la dicha y toda la desventura.

No en vano procedemos de Fátima la Perfecta, la hija bendita del Profeta.

Por eso estamos bajo la potestad de la Mujer, que, ángel o demonio, es la puerta del Paraíso y del Infierno.

Y por ella es que somos, entre todos, los Caballeros de la Belleza y del Dolor.

Ha pasado al romance popular comunicado por los árabes de España, la antigua verdad de que, para el perfecto caballero, amar es morir.

Por esto, sólo alcanza la inmortalidad aquel que domina el amor de la mujer.

'Alguno, quizá, cada cien años!...

Salomón poseyó toda la sabiduría, y no lo pudo.

Los ángeles cayeron por el amor de la mujer, y los dioses de compasión encarnan en la delicia de su seno.

En ella está el secreto de todo heroísmo y de toda gloria.

Así nacieron la Santa Fidelidad de los «fedavis», aquellos sacrificados de la bravura sin límites, y la dinastía fatimita que en la persona de Abu Famin dió al Islam el más glorioso de sus califas.

V

Cruzó el rostro de mi visitante una especie de sombrío relámpago, casi al punto apagado en el decaimiento de la desolación:

—Fué una tarde, junto al Pozo de la Gacela, entre el Líbano y Damasco.

Una doncella drusa, según lo reconocí por la graciosa embozadura de medio ojo que cubría su faz, daba de beber a una yegua alazana. Magní-

fico animal, en cuyo cuadril derecho advertí la misma marca de mi caballo: el *kiffeh* o palo coronado por un círculo, con que señalan los Beni Rashid de Arabia.

Por ahí entré en conversación con la joven.

Al reconocer en mí un *sheik blanco*, es decir, un iniciado, habíame ella contestado respetuosamente el saludo, aunque mirándome de frente, con la serenidad de la verdadera nobleza.

Una luz celestial, esa claridad interior que es tan raro ver salir a la mirada, llenó su grande ojo azul entre las pestañas sombrías.

La gente común ve con la luz que le entra por los ojos. Pero la condición de iluminar sólo la posee la pupila del ángel.

En la limpidez del cielo crepuscular reinaba, cándida, la soledad de la luna.

Llegaba esa hora suprema de comunicación con las almas y las cosas, que podría llamarse el éxtasis del desierto.

Sonrosábase la tierra como una mejilla, y el cielo palidecía como una frente.

Había en el silencio de la inmensidad una intermediación de presencia.

La quietud sensibilizábase en una infinita sutilidad de cristal.

El Grande Aliento del mundo levantábase en la fragancia de la tarde.

Un pájaro obscuro llegó a la palmera del pozo —y fué entonces cuando se quebró en la eternidad la línea de mi destino.

Adquirí de golpe, con abismante lucidez, la certidumbre de mi caída.

Era mi día que llegaba en los siglos.

Revelábase ante mí aquel misterio que hacía temblar a los profetas: la presencia del ángel.

El ángel que todo hombre tiene escrito en su suerte, pero que con frecuencia no puede hallar sino a través de muchas vidas.

Por esto son tan raros los casos de verdadero amor.

Aquel ser presentábaseme bajo la forma de la mujer terrestre, que es la más terrible, porque necesariamente encarna la desventura.

Y fué así cómo aquel día, sometiéndome al amor de la mujer, acepté la ley de la muerte.

Mi primer paso al abismo fué el ansia incontenible de ver su rostro, que satisface desmontando, con el pretexto de abreviar también mi cabalgadura, pero, en realidad, con el objeto de interponerla, para mirar al disimulo la hoja de mi puñal.

El rostro apareció, divino de belleza en su ternura juvenil.

No son raros en nuestra raza los ojos azules y los cabellos blondos.

Mas, si las pupilas de aquella criatura semejaban dos grandes gotas de cielo, su cabello era del castaño más hermoso: de esa matiz sombrío, tostado por reflejos de cobre, que daba un encanto ya oriental a las mujeres de Bizancio y de Sicilia.

El perfil delicado y la boca graciosa acentuaban la impresión angelical.

Trazaba el óvalo del rostro esa línea de belleza que sólo conservan las razas puras, y que es inconfundible rasgo de superioridad para el artista.

En el abandono de la actitud con que, aflojando el cabestro, esperaba que el animal acabara de beber, su cabeza inclinábase con esa pensativa naturalidad de flor, que es, quizá, la gracia más irresistible de la doncella.

Lánguida dulzura que el azul crepuscular teñía vagamente, como encarnando en un lirio.

Pero, en la frente clarísima, en el entrecejo ancho de inteligencia, en la vibrante sensibilidad de su gracia, ennoblecíase con ingenua altivez aquella estirpe del Líbano, más antigua que los ce-

dros de Salomón; aquella raza heroica, que arranca sus propias quejas de amor, tañendo el laúd con la pluma de las águilas.

Su nombre, sacado por el horóscopo, era Nur: Claridad; pero ella ignoraba el decreto de los astros. Sus padres, conforme súpelo después, habíanlo callado para no afligirla o envanecerla, pues le precedía la tragedia y la gloria.

La tragedia!

Tengo motivo para creer que está en vinculación con mi destino; pero la gloria es el misterio que debo callar, porque aceptando la fatalidad del amor me rendí al peligro de muerte.

Es esto lo que me obliga a implorar su ayuda.

A objeto de asegurar la tranquilidad de aquella alma cuanto fuera posible, me expatrié, sabiendo, no obstante, que la fatalidad, ya desencadenada, volvería a ponerla en mi camino. Las líneas fundamentales de su mano son iguales a las de la mía, lo cual indica en nuestro destino el imperio de la misma estrella.

La fatalidad se ha cumplido. Nur está aquí.

Ha llegado en compañía de una señora armenia, buscando a su hermano, único deudo que le dejó la pasada guerra contra Turquía.

Pero, al saberlo, algunos compariotas residentes acá decidieron impedir que una de nuestras

mujeres—por primera vez en mil años, señor!—comprometiera la parte que le toca en el destino de su raza, abandonando el país natal, y descubriendo su rostro a los extranjeros.

Nunca imaginaría usted lo que esto significa para la sangre de águila de esos montañeses de los cedros. Figúrese que dos ancianos modestos comerciantes que apenas levantan cabeza aquí, dispónense a abandonarlo todo para escoltar el regreso de Nur.

Pues el dilema está planteado: o retorna en el mismo buque, o le aplicarán la ley del puñal.

Mi situación de «caído» impídeme evitarlo. Apenas, si regresa, podré acompañarla oculto en la misma nave, para no ser visto a mi vez por los dos ancianos que llevaría de escolta.

Pues, para salvarle así la vida, deberé arriesgar la mía definitivamente, sea arrastrándola a la fatalidad de mi amor, si éste, más fuerte que yo, me hunde en el crimen, hasta ahora evitado, sea combatiendo por la libertad del Oriente con los últimos «fedavis» que encabezan al sublevado Afganistán...

—Y en qué forma cree usted que yo? . . .—interrumpí, subyugado por su gravedad dolorosa.

—La vieja sangre de las águilas habla en Nur, que no quiere volver.

Solamente obedecería al emir Arslán, quien, no obstante su voluntario destierro, es el jefe de nuestra nación.

—¿Y por qué, entonces, no se lo pide usted mismo?

—Porque el emir no me conoce, a causa de que no es iniciado, ni puede serlo. Jefe de los drusos por la línea paterna, su madre, aunque de antigua nobleza arábica, emparentada con el mismo Profeta, no era drusa.

Suplícole que no pierda tiempo, pues el buque debe zarpar mañana. Si no pudiera ver en persona al emir, me atrevería a indicarle, con mil perdones por mi audacia, este borrador de una carta eficaz.

VI

Puse mis ojos en el papel que me alargaba.

Era una carta de súplica humanitaria, dada la gravedad del asunto, ante la solicitud de cierto amigo que deseaba permanecer incógnito.

Mientras leíala despacio, por lo curioso de la solicitud y lo delicado de la intervención que se

me pedía, mi visitante agregaba con un tono cada vez más opaco:

—Si muero peleando allá en la frontera afgana, recibirá usted por recuerdo y por gratitud el puñal que ha visto, y quizá un mandato.

Alcé vivamente el rostro para protestar contra esa arbitraria complicación. Pero la sorpresa me clavó en el asiento.

Mi interlocutor había desaparecido.

Desaparecido como un fantasma, sea dicho sin pretensión de evitar la vulgaridad novelesca.

No sabría ni quiero sortear el escollo, deformando o aderezando literariamente las cosas, ante la prevista incredulidad del lector.

Añadiré, para referirlo todo, sencillamente, sin abrigar la pretensión de que se me crea, pues en este caso habría compuesto—cosa fácil, por lo demás—un relato verosímil, que acto continuo me lancé a la puerta de calle, infructuosamente, como era de esperar.

Pero, después del almuerzo, recobrada ya del todo mi tranquilidad, llamé a la mucama:

—Vea, Maggie, el caballero que vino esta mañana...—empecé.

Mas, ella enmendó, comedida, lo que, seguramente, parecióle una distracción de mi parte:

—Sí, señor; el mensajero que trajo la carta a la puerta.

Añadí cualquier vaga recomendación para salvar el asombroso trance y quedarme, cuanto antes, solo.

No había existido, pues, visita alguna para la propia introductora del visitante.

Pero el borrador, verdadero certificado, a fe mía, estaba allí con todas sus letras.

Escribí al emir, sin embargo, en los mismos términos, que a pesar de una resistencia angustiada hasta la humillación resultáronme indispensables, y supe poco después, por él mismo, que la joven drusa navegaba hacia Beirut.

Qué sería del fantástico «fedavi»?

¿Habría consumado en el desamparo de la alta mar su tragedia de «asesino»?

¿Peleaba como los afiliados de otra época, en las tierras del remoto Afganistán?

¿No era todo aquello una ilusión de mi mente, extraviada por la tentación de las «ciencias malditas»?

Un sueño, quizá? El diálogo con una sombra?...

VII

Algún tiempo después, una serena noche palpitada de estrellas y de brisa fragante, alguien ejecutaba, en el devoto recogimiento del salón familiar, una sonata de Beethoven.

Mecíanos la onda musical en esa celeste melancolía del perfecto amor, más divino, acaso, porque no ha de durar, cuando tras un fortísimo atacado con potente brío, parecióme oír que caía un objeto tras del piano.

Nada se movió, por cierto; pero, concluído el trozo, el ejecutante observó:

—He creído oír que algo caía mientras tocaba.

—No será nada, dije. Algún cenicero puesto ahí por descuido.

Mas, cuando el salón quedó desierto, retiré el piano con viva inquietud.

No me había engañado el presentimiento. Era el puñal.

Lo curioso de esto, amable lector, es que el puñal existe en mi poder, como lo saben todos los amigos de mi casa.

Sólo que me llegó «muerto», es decir, con la hoja enteramente despulida.

Por exceso de uso? Por pérdida de su mágica propiedad?

El caso es que ya nada refleja su acero gris, salpicado por unas cuantas manchas rojizas.

EL SECRETO DE DON JUAN

A Tito Arata.

EL SECRETO DE DON JUAN

UNO de esos últimos compromisos de la tarde, cuya tiránica futilidad asume carácter de obligación en el atolondramiento de las ciudades populosas, más atareado que el trabajo y más mudable que la inquietud, habíamos acarreado, con el retraso fatal de las citas porteñas... sin carácter íntimo — pues quiero creer que las de esta clase formarán la excepción, aun aquí — el contratiempo de no encontrar comedor reservado en aquel restaurante, un tanto bullicioso, si se quiere, pero que nuestro anfitrión, Julio D., consideraba el único de Buenos Aires donde pudieran sentarse confiados en la seguridad de una buena mesa, cuatro amigos dispuestos a celebrar sin crónica el regreso de un ausente.

Debimos, pues, resignarnos a la promiscuidad, por cierto brillante, del salón común, con sus damas muy rubias, sus caballeros muy afeitados, su orquesta muy frecuente y su iluminación de joyería, que valorizaba con limpidez ojos seguidores y diamantes audaces; pero Julio D. consiguió, a título de cliente privilegiado, la promesa de una eventual desocupación para tomar el café a solas.

Todos ustedes conocen a Julio D. lo suficiente para dispensarme la inicial de su apellido que han completado sin vacilar, pero tras la cual disimulo, en la semitransparencia de la buena educación, no exenta, para el caso, de justa ironía, la característica falta de puntualidad con que nos había retrasado, siendo, no obstante, el anfitrión. Verdad es que el desenfadado compañero sabe, al propio tiempo, ganarse todos los perdones, con la afectuosa lealtad de un cariño rayano en abnegación para quien merece su amistad, y hasta con la firmeza ya proverbial de su defecto. Franco, varonil, corazón de oro en el más amplio sentido de la palabra, es, respecto al tiempo, valioso e inseguro como un reloj de mujer. La comparación pertenece a Julián Eguía, quien, comentando cierta vez en el Círculo de Armas la «deliciosa inexactitud» y el imperturbable valor de nuestro amigo cuyo padrinazgo desempeñó en

aquellos dos lances que nadie olvida, habíalo definido con uno de sus habituales juegos de palabras:

—Como buen estoico que es, tiene la despreocupación de la última hora...

Por ahí habrán acabado ustedes de conocerlo.

No tengo, en cambio, para qué ocultar el nombre de los otros dos comensales: Fabián Lemos, el conocido «sportsman» aficionado a las letras clásicas que cultiva con acierto, aunque negándose a publicar, lo que, sin duda, es una lástima, y ese eterno desterrado y brillante conversador de Julián Eguía, que va frizando los sesenta y cinco en incansable vagancia — o mejor dicho, acaso, divagación de artista estéril — por todas las capitales con excepción de la nuestra — y suya, hasta la médula del viejo porteño que es — pues sólo reside acá un trimestre cada dos o tres años, sin perjuicio de proclamar que, en suma, Buenos Aires le parece la fea más agradable del mundo.

Sí, pues, Julián Eguía en persona, con su chispa elegante, sus retruécanos, nada insistentes, por lo demás, su discreto saber, y hasta sabiduría, de gran viajero y de gran lector, su dejo romántico y sus narraciones extraordinarias, que no debe interrumpir la más mínima duda, so pena de pro-

vocar en castigo un silencio irreducible y una curiosidad mortificada con verdadera maestría.

Inútil añadir que nuestra comida celebraba uno de sus regresos.

El recién llegado manifestábase más contento que nunca :

—Seña inequívoca de que te volverás pronto,— dijo Lemos, empleando, a pesar de una diferencia de treinta años, el tuteo que autorizaba la frescura realmente notable de su interlocutor, con cierta impertinencia de camarada jovial.

—Así ha de ser, mal patriota, — recalcó Julio D.

—Cuestión de temperamento. Yo necesito alejarme para querer más a la patria, como tirando la cuerda se le levanta el temple.

—Sin embargo, — dije a mi vez, — sostienes que Buenos Aires te gusta.

—No cabe duda. He dicho que es una fea digna de ser amada. Pero el amor de las feas es como los cordiales amargos. Exige pequeña dosis y excluye la repetición.

—Celebro el dicho, aunque me parece más ingenioso que aceptable en quien declara, asimismo, que la porteña...

—...Es la más linda de las mujeres. Ah, cierto. De eso podemos estar seguros y orgullosos. Y

no lo digo por esta sala demasiado internacional, sino por nuestras reuniones de clase, por nuestro Colón, por Palermo, por las calles, las calles, sobre todo, que para encanto de mi vejez se van volviendo todas Floridas...

Y sin recoger nuestra sonrisa ante aquel mal retruécano en que le despuntaba el vicio impenitente:

—Con todo, — prosiguió, — resulta curiosísimo este otro aspecto de la ciudad: el cosmopolita. Buenos Aires es, por decirlo así, una encrucijada del universo. Por aquí, malos o buenos, pasan todos los tipos interesantes del mundo, desde Lloyd George hasta Bolo Paschá.

—Todos, en efecto, — afirmó Lemos.

—Y si hubieran existido — sonrió Julio D. — el Judío Errante y Don Juan Tenorio...

—Mi madre contaba — interrumpió Eguía — que en tiempo de Rosas pasó por acá el Judío Errante. En cuanto a Don Juan, puedo afirmarlo sobre la fe de mis canas.

—Convengo en que has realizado bastante bien la leyenda del judío andariego, y no ignoraba tu inclinación donjuanesca.

—Te equivocas, Julio; o mejor dicho, has acertado sin querer con tus alusiones. Seriamente hablando, yo he conocido a Don Juan.

En ese momento, el mozo nos anunció que el departamento prometido estaba libre y que el *maitre* había mandado servirnos allá el café.



Yo conocí a Don Juan,—reiteraba Eguía poco después, de codos en la mesa, y animándose visiblemente con la soledad confidencial que habíamos conseguido. — Lo conocí cuando su penúltimo viaje a Buenos Aires, hace alrededor de treinta y cinco años, porque la última vez me encontraba ausente.

Sé, no obstante, lo que pasó, por la confianza de una amiga. A ella pertenecerá, pues, la parte más interesante del relato que me propongo confiarles en una intimidad de memoria póstuma. Ya que, cada vez, con mayor probabilidad, cualquiera de mis travesías puede ser la última.

Pero, antes de continuar, es menester que nos entendamos — o desentendamos — sobre algo, quizá lo único, en suma, que me han enseñado mis correrías por cuanto mar y tierra existen.

Y es que anda por el mundo, aun cuando parezca fantasía, una media docena de individuos inmortales, en carne y hueso, o si ustedes prefieren, varias veces centenarios, en los cuales encarnan los prototipos de la leyenda.

Soy lo bastante escéptico para no intentar la explicación de un fenómeno, tan enigmático, por lo demás, como la vida de esos microbios de la creta, que petrificados durante millones de años, despiertan o resucitan en la salmuera caliente.

Dichos personajes deben ser los que, de cuando en cuando, asombran al mundo por su conocimiento de todas las cosas o su dominio de todas las situaciones, como Leonardo de Vinci cuyo sepulcro nadie sabe dónde está.

Claro es que nos sobran objeciones contra ese postulado de Eguía, más exasperante aún en el desenfado de su audacia; pero, sabiendo que proponer una duda equivalía a malograr el relato, preferimos escuchar en silencio al narrador, atrayente como nunca aquella noche.

—La conservación de una misma edad aparente, o con variación mínima, — continuó, — viene a ser el mejor incógnito de esos personajes entre las generaciones que pasan.

Y esto es lo que deseaba advertirles. Pero, aun cuando nada de ello crean ustedes, abrigo la pretensión de que mi historia les parecerá interesante.

—Nos parece ya, tiranuelo, — sonrió Julio D. Pero Eguía añadió con gravedad:

—Todo hombre, especialmente si ha viajado

mucho, tiene numerosas anécdotas que contar; mas, no hay en su vida sino una historia digna de conocerse: historia trágica, absurda, vergonzosa o sublime, y por lo tanto reservada casi siempre en el silencio con que, casi todos también, se la llevan a la tumba.

Lo trágico, lo absurdo, lo vergonzoso o lo sublime de una existencia son generalmente inexplicables, y sólo engendran la desconfianza y el ridículo.

Por lo demás, yo no comprendí sino mediante la revelación complementaria de aquella amiga que dije, la naturaleza del personaje a quien conocí durante su penúltima residencia entre nosotros. Mas, como ese estado de ánimo carece de importancia narrativa, al no ser yo el protagonista, sino él, haré de los dos relatos uno solo en homenaje a la precisión y a la sobriedad.

Llegó, pues, Don Juan a Buenos Aires bajo su verdadero nombre, hallando el mejor disimulo de su comprometedora entidad, en la tranquila audacia que es el eje de acero de su carácter, si bien bajo uno de los apellidos con que entronca en cincuenta familias principales su milenaria nobleza. Conocímoslo, así, como Don Juan de Aguilar, en el puñado de adictos que acompañaban a don Carlos de Borbón, quien, según es sabido, lle-

gó acá por entonces, bajo modesto incógnito de príncipe despojado.

Era un hombre de edad indefinible, pero con cierto vigor elástico, que sin denotar juventud, no indicaba madurez.

Tampoco se le advertía carácter nacional, no sólo por su distinción, tan perfecta, que excluía todo rasgo acentuado, sino porque la perfección con que hablaba diversos idiomas, hábale quitado todo acento. Así, el agregado comercial de Austria, después de conversar con él, me decía:

—Tiene que ser austriaco o alemán. Hubo entre los carlistas de la guerra, aristócratas de mi país; y quizá sea uno de esos, que oculta bajo nombre español algún yerro de consecuencias.

El mismo contaba que durante el sitio de París, su francés *bulevardero* hábale valido un proceso como supuesto desertor del ejército comunista.

Su castellano corría perfectísimo, aunque sin afectación, y su palabra, de una elocuencia tan indefinible como su persona, vibraba con una especie de autoridad viril, que era luego imperiosa dulzura. Algo a la vez delicado, penetrante y profundo. Pero, cierta ocasión, haciendo armas en el Club Militar, donde maravillaba su destreza, había lanzado el grito de combate de la esgrima

italiana con resonancia tal, que aun cuando en aquella época de comando a viva voz nuestros jefes tenían bien templada la garganta, todos sintieron, decíanme, casi como un dolor, su metálico estallido.

La elegancia de aquel hombre dominaba sin ofender, aun cuando era tiránica como la del león. Atraía él, más bien, con cierta inquietud de riesgo. Pero tenía la evasión de ojos del tigre: es decir, que sin esconderlos en realidad, no dejaba ver la mirada. Bastaba, sin embargo, el tangente desliz con que la eludía, para sentir pasar materialmente por las carnes su magnetismo terrible. En ese rasgo, levísimo por lo demás, así como en la tranquilidad marmórea con que asentaba la mano sobre la mesa o en el brazo del sillón, sentíase al hombre de presa, ya fuera ésta de sangre, de amor o de oro.

Todo en él era posesivo desde el entrecejo al pie; y una vez, una sola, que consintió mirarme, advertí que sus ojos, pardos en apariencia, dorábanse, realmente, al darles la luz, con un reflejo de topacio que el contraste de las pupilas tenebrosas embellecía hasta la fatalidad, como perforando en negro el fondo de su alma.

He dicho que «consintió» mirarme, porque nunca experimenté, sufrí más bien dicho mayor im-

presión de arrogancia. Es de advertir que yo, atraído como todos, había procurado acercarme a él; pero esa mirada me reveló el abismo que nos separaba. Percibí en su altivez remotísima, un aislamiento infranqueable, la revelación superior de lo que significa verdaderamente «dominio».

Era el ídolo, animal por un lado en su inhumanidad de fiera, numen por otro en su egoísmo supremo: mezcla de instinto y divinidad, es decir, voluntad pura, como las fuerzas naturales que por esto consideró dioses la antigüedad, y con ello ajena enteramente al atributo humano de la compasión.

Sólo cuando en la atención de la música o del juego, inclinaba su cabeza morisca, donde una que otra cana al desgaire menospreciaba la evidencia del tiempo, advertíasele algo de común con los demás, en cierta melancolía que no era, tal vez, sino el cansancio de las grandes pasiones, pero que imponía a su frente, con trágica palidez, una desolación de ángel malo.

Entonces, de sus pestañas abajadas con sombría hermosura, de su boca orgullosa, donde sangraba como en un tajo la avidez del deseo, de su tez morena, ligeramente acentuada por la barba de punta breve, emanaba una torva simpatía, casi material, una especie de obscuridad azul, seme-

jante, diríamos, al pavón de un estoque. Sombrío encanto, que sin dejar de atraer, parecía exacerbarse, a poco, en el siniestro interés de una presencia de bandido.

—Al oírte, — insinuó Lemos, — diría uno que no sólo las mujeres se prendaban de Don Juan.

—Todos lo estábamos — repuso Eguía — como los granaderos lo estaban de Napoleón. Era, en efecto, un tipo del género, aun cuando en otro orden de conquistas, y por esto he creído que valía la pena describirlo.

—Cosa que has hecho de mano maestra, — dije yo, sabiendo que mi opinión de escritor complacería a nuestro amigo.

—El retrato del protagonista permite inferir el interés de la historia, — elogió Lemos, acentuando la agradecida sonrisa del narrador, quien ponía en el éxito de sus relatos la satisfacción sin vanidad del cumplido artista.

—La historia — continuó — es más digna de atención como poema que como aventura. Aunque se trata, naturalmente, de una aventura, y por cierto de una conquista.

Varias había hecho Don Juan, sin contar otras «fortunas» menos sentimentales, aunque explicatorias de su deslumbrante prodigalidad, así como el indispensable desafío funesto con alguien que

se permitió sonreír, oyendo una de sus sentencias:

«El noble puede seducir, despojar, matar, pero jamás huye, entrapa ni miente».

—Ah, — recordó entonces Julio D., — sería ese aquel famoso «duelo de la sonrisa», que alguna vez te oí mencionar. Con un emigrado... cubano, según creo...

—No, mejicano. Al notar su gesto irónico, Don Juan le dijo con helada cortesía: Quizá es más fácil sonreír, señor, que mantener esa sonrisa ante la punta de una espada.

El otro la mantuvo, pero recibió una estocada clásica, a dos dedos del corazón.

Dicho incidente relacionábase, por lo demás, con una de las varias conquistas que dije, y cuya víctima fué una criatura deliciosa, casi una niña, de la cual había sido pretendiente, al parecer, el mejicano de la estocada. Pero, déjenme llegar cuanto antes al relato que me interesa.

•

• •

—Todos mis contemporáneos recuerdan el baile que dieron a mediados del 88 los esposos R. J., como uno de los acontecimientos sociales con que se clausuró aquella «época de las grandezas», menos por su boato y distinción, dignos de la pa-

reja obsequiante, que por haber sido reina de la fiesta quien lo era ya de los salones porteños, hasta el despotismo y la adoración: precisamente, «una de esas beldades que hacen época», como se dice en viejo estilo, y que quién sabe por qué complicaciones de la cultura, del ambiente, de la fortuna gozada durante generaciones, de la alianza entre castas selectas, engendra de cuando en cuando la Gracia, para su exclusivo esplendor, como aquel tulipán que florecía una vez por siglo en los jardines del sultán de Constantinopla. Esa mujer cuyo nombre es inútil disimular, puesto que desde hace tantos años impuso a la maledicencia el imperio de su desdén, era una conocida de todos ustedes: Amalia Parish, semidiosa todavía.

Lemos y Julio aproximáronse a la mesa con interés.

—Mi tía Pastora — dijo el primero — no obstante su devoción, la admira como a una mujer de talento extraordinario.

—Y nada más bien hallado — completó el otro — que su denominación de semidiosa. Ayer, precisamente, la encontré, radiante de esa gallardía que parece ir alejándola en la soberbia de una invencible juventud.

—Efectivamente — resumió Eguía. — en los

seres de esa clase, la edad no es decadencia, sino retirada. La hermosura perfecta lleva en sí algo de inmortal. Y Amalia Parish lo fué, hasta no faltarle ni el don de una inteligencia tan clara como la limpidez de sus ojos. Es, así, de las que conservan mejor aquella gentileza del lenguaje en que residía, tal vez, el encanto más delicado de la porteña, por lo bien que conciliaba la dignidad de la expresión con la espiritual vivacidad del concepto.

A los veinte años apenas, porque las muchachas figuraban entonces más temprano en sociedad, impuso sin disputa el imperio de su belleza.

Imperio solitario como el de una estrella lejana, ya que ninguno de sus adoradores — y quién no lo era — había logrado sorprender el más mínimo temblor sentimental en el rayo de sus ojos celestes.

Linda hasta el éxtasis, griega de Atenas por la perfección y de Siracusa por la gracia, conforme habría dicho nuestro clásico Lemos, parecía que su juventud deslumbraba por transparencia, en una luminosa inmaterialidad de rocío. Belleza pura, total, más propia de que la tallara al diamante, en uno de sus sonetos de precisión, Lugones, que es poeta. . .

Ambos favorecidos nos inclinamos ante la fi-

neza que Eguía, muy de la vieja escuela, es decir, intransigente en materia de retribución, apresurábase a devolvernos.

—...Belleza fría, por lo tanto. Así, al menos, opinábamos entonces. Unos atribuíanlo a su sangre británica; otros a orgullosa complacencia de sí misma...

Hasta aplicábanle un fácil retruécano de mi cosecha, con el que rindiendo homenaje a la novela nacional, habíale puesto yo la Amalia de mármol...

—Es decir — comentó Julio D. riendo — de la misma pasta que el Comendador.

—Sin duda, como la propia doña Inés. Por algo sería que su amante, mejor dicho el Amante eterno y fatal, la eligió entre todas para comunicarle el secreto de sus conquistas.

—¿O sea...—interrogó vivamente Julio.

—O sea lo que van ustedes a saber esta noche.

Y después de un hábil silencio para aguzar la impresión:

—No te hagas muchas ilusiones. Generalmente, la revelación de los grandes secretos es poco aprovechable, por falta de preparación o de índole. Sólo a un gran químico, que fuera al mismo tiempo un místico, le serviría la fórmula de la piedra filosofal.

Calló otra vez, como recapacitando. Luego, en voz más baja:

—¡Su amante!... — prosiguió. La noticia fué una bomba. Una semana después del gran baile, embargaba todos los comentarios el mismo estupor.

Pues aquí reanudo, que tiempo es ya, el hilo de mi relato.

Absorto, sin duda, por sus otras conquistas, don Juan de Aguilar no había reparado en Amalia: circunstancia que pudo parecer afligente para su buen gusto, pero que habría resultado explicable, también, por el carácter de la heroína: el demonio cohibido ante el serafín. Nada de esto ocurría en tanto, según se vió después; ya que mediante un recurso, viejo en suma como todas las argucias diabólicas, el conquistador premeditaba la captura de su presa angelical.

Don Juan aparentaba, pues, indiferencia ante Amalia, a pesar de conocerla y de estar muy relacionado en la casa de Julia W. de R. J., prima e íntima de aquélla. Verdad es que siendo Julia una de las pocas mujeres lindas que no hubiese cortejado el conquistador, dicha actitud podía significar su respeto al hogar amigo, donde el más noble amor conyugal tenía su dechado en la persona de la dueña de casa.

Amalia, en tanto, mujer al fin, y con esto sensible al misterio inquietante de aquella fama, llegó más de una vez, casi por instinto, a aproximársele, bajo la curiosidad hostil, pero temerosa, del pájaro ante la serpiente. Sorprendida de sí misma, el miedo que debió confesarse, transformósele en vago rencor, primero, en perfecta indiferencia después.

Don Juan permanecía igualmente impassible; y por más que hablara con ella algunas veces, nunca le había dirigido la palabra.

Pero esa noche del baile, la casualidad, acercándolos en un saloncito inmediato al ambigú, inició el drama.

Fué la chispa una frase trivial como en todas las horas decisivas de la existencia.

Solo y de pie ante una mesa central, Don Juan, que probablemente esperaba, al oír el sedoso rumor del andar femenino, volvió la cabeza con breve ademán de halcón, alzando hasta ella su mirada de sombrío topacio. Y dirigiéndole la palabra por primera vez:

—El blanco — dijo — sienta mejor que el azul a su género de belleza.

Debo advertir que en reuniones anteriores, había vestido ella de azul con cierta frecuencia, lo

cual revelaba una atención minuciosa bajo el aspecto indiferente de Don Juan.

Pero, el repentino halago de esa comprobación, asumió en ella una intensidad tal, que paralizada de golpe, tuvo que apoyarse a la mesa sin disimular, como fulminada por instantáneo deslumbramiento.

Literalmente prendida por los ojos a las pupilas de fascinadora profundidad, honda ternura le aflojó las rodillas. Y temblando como una hoja, rendida hasta la angustia en ese instante definitivo del amor, que es, al mismo tiempo, trance de vida y muerte, sólo pudo responder con una voz ajena a su propio oído:

—¿Y por qué no el azul?...

—Por una razón estética — contestó Don Juan, posando en la mesa, tan próxima a la suya que la hizo estremecer, su larga mano apasionada.

—...Una razón estética. El azul no figura entre los cuatro colores fundamentales que requiere la belleza femenina y que sólo rarísimas mujeres consiguen armonizar indistintamente con su hermosura.

Entonces ella coqueteó, reaccionando en la ingenua seguridad de saberse hermosa:

—¿Conoce usted alguna... aquí?

—Una sola — respondió él con voz opaca, abis-

mándola más profundamente en el aura de la seducción, que la subyugaba al hechizo felino de su envolvente suavidad.

Y nunca ha vuelto de ese vértigo.

Enamorada hasta agotar las más celestiales delicias y las ansias más torturadas del infierno; digna del supremo amante, que despreciaba el *flirt* relegándolo entre los «vicios vergonzosos», ni pretendió evitar el desenlace de tragedia que imponía su despiadada posesión bajo la finura de terciopelo de la garra, ni eludir la mordedura de la afligente verdad, que desde luego aceptó con una especie de equidad despreciativa.

Abandonando a la condena y al despecho su despojo de mariposa, arrebatada en el delirio de la llama fatal, no hubo bajeza en su caída. La misma predestinación al martirio, que el amor de semejante hombre significaba, habríasela redimido en su dolorosa generosidad, de no ser su dicha, tan indiferente, por perfecta, a toda consideración humana.

Insensible o amante, su destino era, pues, la soledad de la estrella que vive de consumirse en su propia luz; y cuando sobrevino el inevitable abandono, lejos de abatirse o desesperarse, pareció que se aislaba más excelsa, en un remoto fulgor, como aquellas amadas por los dioses antiguos,

que del contacto con el divino cisne o con la lluvia de oro, conservaban el resplandor de su propio deslumbramiento, llevando en la perpetuada ventura la olímpica gloria de su deshonra inmortal.



—Treinta años después, como decían las antiguas novelas, una huracanada tarde en que las nubes de junio encapotaban de agua brumosa la ciudad, Julia y Amalia, cuyo retiro casi hostil era inaccesible a ninguna otra persona, tejían, en los hilos melancólicos de la lluvia, antiguos recuerdos.

Arrebujada entre densas cortinas, aquella habitación, silenciosa hasta la intimidad, parecía flotar, casi lóbrega, en un misterioso esplendor de capilla búdica. Sombríos oros fatigábanse al fondo en una verdadera tiniebla, como arrodillada bajo el abatimiento de inmensa colgadura azul. La transparencia obscura del ámbito era, a su vez, vagamente dorada. Como un indeciso rescoldo de inaudita suntuosidad, la alfombra ahogaba los pasos en derruída blandura de polvo de oro. Torvos reflejos arrinconábanse acá y allá con áureo escorzo de jaguares. Sándalos y estoraques de exótica vaguedad exhalábanse en sutil bostezo de aromas.

Pretendía el comentario que ese recinto singular guardaba intactos los recuerdos del seductor; que la apagada quietud retenía en aquel silencio y aquel perfume su memoria siempre adorada; que su presencia persistía en tal cual conservada arruga de diván o de cojín...

Y así era, en efecto.

Aquellas sombras no cobijaban las tribulaciones de la expiación, sino la sacrílega magnificencia del antiguo pecado. Mas, esa tarde, por primera vez, Julia había sacudido su alarmada pureza para hablar de la falta cuyo permanente gozo presentía en la otra, sin querer confesárselo, dominada al fin por el ambiente y la desesperada grandeza de semejante fidelidad.

Recordaban, pues, al amante, sin nombrarlo, en una grande pero pacífica incapacidad de comprenderse, cuando Julia exclamó:

—¡Cómo has debido aborrecerlo!

Y por primera vez también, la voz de la otra velóse ligeramente al contestar, advirtiéndosele apenas en esa disminución la quebradura de un recóndito sollozo:

—¡Aborrecerlo! Sólo aborrece, Julia, el amor que muere. Ese que la gente común experimenta por estaciones; el que habitualmente la aproxima y la casa para aburrirla después. Oye, Ju-

lia, esto que es una honda verdad de amor: jamás ofende el ser querido.

—Y los celos, Amalia?

—Los celos no son rencores, sino amores desesperados. Y esos nunca se resignan: matan. Los de las mujeres que aman por deber conyugal, son meras formas de propiedad privada, exasperaciones de la avaricia o del orgullo.

El huracán prolongaba un lamento que parecía materializarse en lágrimas inmensas sobre los arrasados cristales. Como llovidos también, desde el fondo del alma apasionada, los recuerdos desbordáronle en palabras de altivez sombría, toda la amargura del llanto que no lloró:

—Si a él le debo la única vida que he vivido!

La otra, la inútil, la que ni sé cómo fué hasta que él me reveló el abismo de dicha donde caí, ésa, qué valía!

Yo era una muchacha hermosa, adulada, coqueta, cobarde como todas, y al fin con razón, ante el misterio que es, para la mujer, irrevocable como la muerte. . .

El despertó en mí el ser de pasión, de dolor y de belleza que en mí misma se ignoraba, y eso, Julia, perdónemelo tu candor, vale el hijo de las honestas.

Bruscas rachas rompían contra los muros, al

pasar, como extraviados pájaros, chorreantes alas de bruma; y en la vibración del largo viento que los flechaba por detrás, oíase desolarse, presagian-do las amenazas de la obscuridad, sus silbidos lú-gubres.

—Perdida por él, fué como hallé en mi propia alma aquel «tesoro escondido» de los cuentos, que con tanta frecuencia extravía una para siempre, creyéndolo inaccesible o lejano.

Este, éste es el verdadero mal que casi todas padecemos: el de vivir ajenas a nosotras mismas, si merece el nombre de vida una existencia por re-glamento, que hicieron otros, quién sabe cuándo, para embrutecer al pobre corazón, imponiéndole la ignorancia de sí mismo.

Pero ese amor que me maldicen educó el mío, aunque fuese en la falta y en el dolor, enseñán-dome la dignidad, que no será social, pero que es humana, de no pasar por la vida como un triste animal de recua con carga y con rumbo ajenos.

Bajo una repentina calma del temporal, la ciudad iba enterrándose en la niebla como en un in-menso hoyo de ceniza mojada. Por el inesperado silencio, parecía cruzar aún la reciente alarma de un rayo.

—Felices los que encuentran en la honorable unión que tú has logrado, el cielo abierto de la

perfecta dicha; pero déjame decirte, sin el orgullo que para ti no puedo abrigar, que no les cambio mi infierno.

La fidelidad más ardua no es la que honra con el respeto de la sociedad y de la ley, sino la solitaria de la vergüenza, la acechada de la tentación, la que vive sangrando sin consuelo y sin esperanza, sin misericordia y sin Dios: la formidable fidelidad de la culpa.

Don Juan de Aguilar no me engañó. No me dió ninguna esperanza de reparación, no me juró constancia alguna. Por el contrario, al partir, me dijo: «Jamás hubo mujer por la cual volviera».

Pero yo había querido como quieren los pocos que el destino elige para revelarles el verdadero amor: hasta el pecado y hasta la muerte.

Aborrecerlo! Y cómo, si todo cuanto soy de sentimiento y de conciencia, aquel ser de pasión, de dolor y de belleza que él despertó en mis entrañas, es lo suyo que sigue viviendo en mí.

Pero Julia, en su inconsciencia feliz, no comprendía.

Más aterrada que sensible ante esa tempestad aullada por el doble huracán cuyo ímpetu sacudía de nuevo la noche que empezaba a caer, cargada de ese dolor como un árbol fúnebre, recobró el ánimo, estrechándose a la ventana untada

todavía por lívida vislumbre. Y con curiosidad pueril, inquirió al cabo de un instante:

—¿Pero qué te dijo, Amalia, cómo te dijo que te quería, para hacerse querer así?

La trágica solitaria encogióse de hombros, con una sonrisa tan descolorida como la vislumbre de la tarde.

—Vas a sufrir una decepción. No me dijo nada raro ni sublime. Y si tuve al impresión de que realmente me quería, fué porque no supo sino balbucear temblando, como cuando se le viene a un adolescente el corazón a la boca: ¡Cuánto la quiero!... ¡Amalia, mi amor!...



Y en ese momento, tras una leve palpitación del cortinaje, entró don Juan.

Avanzó, urbano como siempre, reprimiendo hasta la impresión del enorme suceso, con esa seguridad que ahuyenta al miedo por no haberlo sentido nunca.

Lejos, en una distancia de borrasca y de ausencia, abismada como la eternidad, desgarraba el huracán un remoto alarido de horda.

Y Don Juan, sentándose como treinta años antes en aquel diván que nadie después de él había

ocupado, dijo con su voz habitual, impregnada de piadoso hastío:

—Así fué en verdad. No te engañó, dulce amiga, la voz de mi amor. Pues según puso en mis labios la única comedia que entre tantas necedades como han escrito de mí, haya sabido interpretarme, y que, por lo mismo también, permanece inédita:

Es que nunca enamoré
Sin estar enamorado.

ÁGUEDA

A Arturo Cancela.

AGUEDA

AL finalizar el siglo XVIII, fué terror de la Sierra Grande que dominaba desde su misteriosa guarida del Champaquí, el bandido cordobés Nazario Lucero.

El cerro famoso, con su laguna que «brama» cuando lo pisa el forastero, sus nieblas de extravío, que «salen» justamente de la cumbre como espectros allí agazapados para inducir al caminante por el despeñadero fatal, y su permanente estado de repulsión eléctrica, que engendra el granizo sin nubes y ahuyenta a los cóndores, hallábase entonces cubierto hasta su mitad por tupida selva donde no lograba penetrar el mismo viento: tanta era, decían, la trabazón de la arboleda.

No podía haber elegido el bandolero mejor fortaleza natural, y la leyenda habíase encargado de aislarla más, con el terror del sortilegio.

Conforme a ella, el siniestro morador debía poseer las palabras que amansan al cerro, y que probablemente le había enseñado aquella vieja Donata de la vecina población puntana de Merlo, en cuyo rancho, según creencia general, pernoctaba a veces; pues sospechábanla bruja, a causa de sus conocimientos en hierbas y de sus ausencias inexplicables que un arriero aclaró sin querer, hallándola a gran distancia en cierta choza mal afamada del pago de Sabira, allá por la sierra cordobesa del Norte; y como según las fechas de la noticia, no puso ella más que una noche en volver, haciendo más de cien leguas, juzgáronla bruja voladora, de esas que transformadas en cuervos nocturnos suelen pasar por la obscuridad, aflautando con lúgubre confusión su charla sardónica.

Poco a poco fué embrollándose también el tipo que atribuían al salteador.

Unos dábanlo por rubio y casi endeble, asegurando haberlo conocido antes que se entregase a la vida bandolera. Otros pintábanlo ya maduro, moreno, picado de peste. Otros, todavía, mulato, recio, mal engestado, presumido de cantor.

Hasta mencionaban señas particulares: zarco de un ojo, cortado en el carrillo izquierdo...

Lo cierto es que nadie conocía en los pagos su verdadera filiación, salvo los jueces y alcaldes comarcanos a quienes habíalo comunicado bajo reserva la autoridad superior; pues, por simpatía o por miedo, los vecindarios solían ayudar a los delincuentes de esa calaña.

Uno que otro comerciante, enterado a su vez, avisaba siempre demasiado tarde la llegada del gaucho a su pulpería; no sólo porque éste presentábase siempre de sorpresa, sino al frente de la gavilla que se dispersaba al partir, dejando, probablemente, espías en el contorno. Los más preferían, en consecuencia, entregar las provisiones o el dinero que se les demandaba, y callar, aunque el bandido nunca imponía la promesa del silencio.

En cambio, era durísimo su rigor con los delatores; y más de un cadáver colgado en las encrucijadas había acabado por infundir a todos el respeto de su venganza infalible. Degollados por un corte peculiar, que se llevaba la habladora lengua, aquel tajo era su marca: la marca de flauta, como decían, aludiendo simultáneamente a la muesca gargantil del pífano rústico, y al «canto» de la denuncia.

Sólo por esto, y en pelea, mataba, y jamás había ofendido a criaturas ni a mujeres. Más de una vez, al contrario, hizo justicia por cuenta de desvalidos que nunca llegaron a ver la mano tremenda. Robaba siempre en grande, es decir, a los ricos, lo cual atraía una secreta popularidad que fomentaba tal cual rasgo caballeresco en sus aventuras de pillaje o de sangre.

La última que se contaba era característica.

Resuelto el saqueo de una estancia perteneciente nada menos que a la suegra del juez de alzada local, llega con su gavilla en el momento de un baile de cumpleaños; y por no molestar a las muchachas que se divertían, permanece gran parte de la noche tendido a poca distancia, con el montado de la rienda, casi sobre el patio delantero, hasta el fin de la diversión. Sólo cuando los concurrentes se han retirado en seguridad, rodea la casa y hunde las puertas a encuentro de caballo.

Quince días después, atreviase a presentarse en la propia casa de aquel funcionario, con motivo de otra reunión del mismo género, aunque en son de paz y dándose por comprador de ganados que recorría la comarca con sus peones: cinco paisanos de buen porte, quienes desensillaron lejos, por no estorbar, dada la gran concurrencia.

El baile, diurno esta vez, como que iniciaba las fiestas de carnaval, hallábase en lo mejor, al sobrevenir de las quebradas olorosas que iban llenándose de serenidad azul, la frescura de la tarde.

Nadie sospechó la audacia, como no fuese, acaso, el juez, quien, entonces disimularía sintiéndose dominado por los bandidos; pero, esto fué mera suposición de los comentarios posteriores al incidente, y vale más presumir a la autoridad tan engañada como los otros, dado que ni conocía al gaucho personalmente, ni habríase acobardado, quizás, por carecer de fuerzas, sin intentar algo al menos con sus numerosos domésticos y convidados.

Lo cierto es que el desconocido agradó desde luego con su simpática desenvoltura.

Su pinta señoril no escapó a la primera ojeada de aquellos hidalgos montañeses, preocupados del linaje con absorbente prolijidad.

Esbelto hasta parecer más aventajado en su mediana estatura, fundida en bronce a rigor de sol la tez, su obscuro cabello, partido a la nazarena, suavizaba con noble mansedumbre la tersura de la frente. Pero, bajo las profundas cejas que hispía por medio permanente contracción, imprimiendo a su fisonomía la torva fiereza de un

ceño de gavián, sus ojos verdes clavaban con lóbrega intensidad un rayo de acero. En aquel engarce felino, las pupilas de negra luz parecían retroceder tras la emboscadura de la barba que caía en punta sobre el pujante pecho, acentuando una impresión casi fatal de audacia y dominio. Dijérase que una elástica prontitud estaba vibrando en sus muñecas delgadas. Su elegancia retenía, sin abandonarse jamás, un evasivo apronte de salto. Pero todo esto sin ansiedad ni felonía, antes con una poderosa confianza que parecía exhalar su pausado aliento. Su traje gaucho, completamente negro, acentuaba la prestigiosa impresión.

Y cuando salió a bailar con la hija del dueño de casa un gato de cumplimiento, disculpándose por no saber más danzas que las campesinas, y por no quitarse las espuelas, descortesía que sorprendió, aquel doble detalle gaucho tornólo más interesante, al contrastar con su pie de raza y con sus largas manos que granizaban la fuerza en castañetas inauditas. Nunca se vió cintura más fina bajo el tirador de ochenta patacones, ni gentileza igual en un arreo campestre.

Mas, para satisfacción del orgullo comarcano, su pareja era digna de él.

Andaba por esos pagos, quién sabe hasta dónde, la nombradía de muchacha tan hermosa.

Y a fe que la merecía, no obstante su orgullo, justificado por la décima cuyo final lloraba la desdicha de un poeta inconsolable:

Y hundido en mis desventuras,
He de mirarla más bella,
Que es condición de la estrella
Brillar desde las alturas.

Había que ver la líquida claridad de aquellos ojos garzos en aquella pensativa palidez de azucena. Y bajo los cabellos castaños que difluían un leve matiz de miel, la pureza angelical del rostro ligeramente entristecido de perfección, como todo lo que la belleza aisla al divinizarlo.

A la ondulación de la falda cándida, parecía deslizarse, que no andar, como flotada en un lejano resplandor. Profundizábase en su mirada el misterio del agua crepuscular; y sonreía en sus labios de alzada comisura juvenil, aquella ironía virginal que se endulza, como soñando, a la sombra de la pestaña.

Ternura no exenta de recóndita altivez que era el temple de la fibra castiza, visible, como el del acero, en el azul de la sangre hidalga.

Así su encanto adquiriría un predominio de excelsa flor, manifestando en su propia delicadeza

aquella trágica vocación de las almas nobles, que parece erigir en su alabarda sangrienta la belleza casi cruel del lirio heráldico.

Nada extraño, pues, que al pasarle la guitarra al forastero, éste le dedicara, visiblemente, las audaces décimas que el recuerdo ha conservado, y que sólo pudo disculpar el respeto de la poesía :

Si pude tomar por vida
Lo que hasta hoy fué la cadena
Con que el hastío y la pena
Tuvieron mi alma rendida,
Ventura desconocida
Descubrí en mi propio ser,
Desde que llegué a saber,
Por tus hechizos cautivo,
Que para quererte vivo,
Porque vivir es querer.

Antes que dejar de verte
Después que te vi, alma mía,
Gustoso preferiría
Las tinieblas de la muerte.
Nudo al lazo de mi suerte
Quiso así el hado cefir;
Con que, si llego a partir,
Ausente de ti me muero.
Ley de Nazario Lucero
Te lo jura hasta morir.

Y ante el asombro casi hostil de la concurrencia, ahuyentó los recelos, comentando en tono jovial:

—Creía que anduviesen ya por estos pagos las décimas del bandido del Champaquí.



Poco rato después, la joven debía conocer el secreto de aquella dedicatoria con que el desconocido le acababa de cantar la vida y la muerte.

—¿Conoce usted a ese gaucho? hábale preguntado con natural interés, en un aparte a que los obligó la abundancia de parejas.

—Bastante, dijo él con una sonrisa; pero me interesa más hablar de otra cosa. Hace mal, Agueda, prosiguió, nombrándola con audacia, en atender a ese muchacho que la corteja.

—¡Pero si es mi novio!... respondió ella, extrañamente distraída ante aquella familiaridad que cualquier otra vez habría recibido como un ultraje, y que no advirtió, en la preocupación de seguir con los ojos a las criadas ocupadas de encender los candelabros.

—¿Su novio? ¿Y dónde está ahora? indagó el forastero, mientras observaba con veloz reojo la noche cerrada ya.

—En Córdoba. Fué por las dispensas, porque somos primos.

—Así me explico su indiferencia con usted la otra noche, en el baile de misia Marta.

Bruscamente, había ella comprendido.

—¿De modo que usted?... — musitó, guardando, sin saber por qué, el secreto terrible.

El gaucho, sin contestar, sentóla delicadamente, contando con lo que tardaría en reponerse de su impresión.

Ganó la puerta como una sombra, y deteniéndose allá, silbó tres veces, misteriosamente, a la noche.

Luego, tornando ante la joven, inclinóse con una sonrisa, para decirle en voz baja, pero imperiosa:

—Si se mueve o grita, los pierde a todos!

Pasó un minuto en la distracción de la danza y de las conversaciones más animadas que nunca...

Y de repente, mujió, afuera, anómalo torbellino. Brusca ráfaga embocóse por la puerta, apagando las bujías; cinco o seis trabucazos paralizaron toda acción entre el griterío; rodaron muebles, estallaron barrotes, la perrada cerró inútilmente contra el grupo de bandoleros que partía a toda la furia de los caballos — y cuando la joven volvió en sí, hallóse entre los brazos de un jinete des-

conocido, bajo el silencio y la sombra del monte, percibiendo el paso de varias cabalgaduras y oyendo sin distancia, en la soledad, el gemido de los pájaros nocturnos.

Comprendió que estaban lejos de todo poblado, y tras un estremecimiento de horror y desolación, la valiente sangre de la casta le subió al pecho en una inflamación de odio. Siniestro regocijo le agrandó el alma, al sentirse sin ningún miedo. Sabría morir ante la canalla.

No le pasó, siquiera, por la mente, la idea de gritar o revolverse desesperada.

La gravedad del percance imponíasele con una sorda evidencia que templaba su voluntad en una especie de repliegue supremo.

Salían en eso a un descampado, y el grupo subdividióse en tres parejas, según las órdenes de un jinete inmediato que indicó lugares de nombre desconocido: Las Estacas, El Despenao...

Entonces comprendió ella, por esa voz, que no iba en brazos del salteador, como creía.



Disimulada, agazapada mejor dicho en un repliegue del monte cubierto por molles centenarios,

la guarida, aprovechando cuevas naturales, que habían ensanchado y techado con destreza, era invisible hasta muy corta distancia.

Sólo dos habitaciones, propiamente dicho, dos amplias chozas unidas, pero sin puerta medianil, y muy bajas de techumbre, contenían muebles: la primera, una cuja tapizada de damasco, dos sillones incrustados de nácar, pero desaparejos, un espejo de buena luna y una cómoda con fina ropa de mujer. La otra una mesa, un escaño y un catre rústicos; y arrimada contra la pared del fondo, una batea de lavar.

No se encendía luego sino de noche, para disimular el humo, y en hornallas de tierra para evitar reflejos. Los rodeos pacían en quebradas distantes, y sólo se carneaba allá, a fin de que los cóndores no remolinaran con vuelo indicador sobre la guarida.

Para tornarla completamente inexpugnable, el único camino de acceso era un arroyo correntoso cuyo cauce debía seguirse más de una legua, y que, al llegar, borbollaba en verdaderos rápidos: con todo lo cual no había rastreador que pudiera.

La pared de montaña, que daba fondo a cuevas y chozas, perforada en dos o tres puntos, permitía observar el valle del lado opuesto, co-

mo por las aspilleras de un bastión; y en todas las otras direcciones no había más que precipicios, negros de selva.

Arriba, como un ancho río azul, corría el cielo, mezclado con los nubarrones del Champaquí.

Un silencio abismal, uno de esos clarísimos silencios de montaña, en cuya cristalina sensibilidad canta la sangre al propio oído, perfeccionaba la soledad en una especie de pureza desolada.

El murmullo del arroyo fundíase en la serenidad hasta desaparecer, de tal suerte que se oía el más leve cuchicheo de pajonal.

No había un perro ni un ave doméstica; los gauchos, taciturnos, apenas hablaban, y sólo de cuando en cuando oíase ensordecido por la profundidad de las cuevas dispuestas como pesebres, algún relincho de caballo.

Por el silencio y la disposición era insospechable, pues, toda vivienda humana a media cuadra de la guarida.

Instalada en la habitación del espejo desde la noche fatal, había pasado Agueda su primera semana de cautiverio.

El horror de aquellos días transformábase en quietud siniestra.

Vencida por la intemperie, si fracasaron sus primeros propósitos de no descansar ni comer, el desdén de su alma ofendida sin remedio, no cedería jamás.

En vano fingía el miserable caballerisca sumisión. Sus pocas palabras, quebradas de angustia con habilidad, su moderación suplicante, estrellábanse y estrellaríanse hasta el fin en su silencio de mármol.

La audacia del salteador iba a saber lo que era la dignidad, que aun indefensa había contenido ya su pasión infame.

Pero el tiempo corría, sin que modificara aquél su actitud, enteramente contraria a semejantes suposiciones.

Desde el primer día, así que la joven, extraviada en la inanición, aceptó, más bien por instinto, un poco de alimento, habíase explicado con grave melancolía:

—La he traído acá porque sin Vd. no podía vivir. Quince días me pasé sin pegar los ojos de inquietud, desde que la ví, sintiendo en todo lo que probaba el ardor sediento del corazón que se me venía a la boca en tragos de sangre.

No creo que este amor sea mi dicha, sino mi maldición de condenado. No quiero pintarle arrepentimiento ni pedirle compasión. Sé que no la

merezco. Y lo que he hecho lo volvería a hacer para no matarme. Porque mientras Vd. viva, no quiero morir.

Tampoco abrigo ninguna esperanza. Este amor es mi castigo... desde que allá la ví...

Y con voz sorda, como hablándose desde una profundidad:

—¡Con razón me dijo mama Donata que no fuera!

Luego, volviendo a hablar con su cautiva:

—Desde que la ví allá, tendido en la sombra, resuelto a mi empresa de salteador, comprendí que estaba perdido.

Y dondequiera que mirase, sus ojos me salían hasta de las piedras.

A nosotros, en nuestra perra vida de criminales, las penas y los amores nos entran así, de golpe, como puñaladas.

¡Eso había sido el amor, que pierde al hombre!

Qué poder el de la pasión!

Tan linda Vd.! Tan linda y tan pura!

¿Y no ve que estoy temblando como si le tuviera miedo?

Si yo quisiera no quererla!

Pero, con cerrar los ojos, no voy a apagar la luz que llevo en el alma.

Aunque Vd. no lo va a creer ahora, nunca la tocaré. Nunca intentaré ganarme su afecto...

Pero tampoco la entregaré jamás. Aborrézcame, que es bien justo. Yo soy su desgracia. Pero Vd. es mi dolor. Queriéndola como nadie la va a querer, ninguno hay ante Vd. más vil ni más culpable. Y éste es mi amargo destino. Comprendo que así destruyo su vida, tan digna de ser hermosa. Es que yo nací para el mal. No, no, nunca la entregaré. Vd. me pertenece como si fuera yo la muerte.

Su negro traje, su abismada palidez, imprimíanle una grandeza fatídica.

La joven sintió pasar en aquellas palabras la inexorable perdición. Mas, con una especie de heroísmo desgarrador, advirtió también que el alma se le hundía sin temblar, entera, como una gota sorbida, en el mármol de su silencio.

Con frases en que parecía sollozar un ronco espasmo de aneurisma, el hombre continuó, inflexible, bajo esa lógica fatal del delirio lúcido:

—Mande aquí a todos, disponga de todo. Estos muebles que sólo con mucho riesgo he podido conseguir, no son robados. Tenga confianza. Nunca me habría atrevido a hacerle parte en mis saqueos.

Yo no soy lo que Vd. cree: un gaucho vil. Mi

familia es de linaje. Pero el destino me perdió. No tuve suerte. . .

Contúvose de golpe, como aterrado.

Los nobles ojos de Agueda clavaban en él el desprecio de su limpieza.

Cómo! ¡Un hombre de su clase, con su honra y su sangre que cuidar, había podido volverse salteador de caminos! ¡Qué eran, entonces, sus disculpas, sino una vileza más despreciable todavía!

Sintió él pasar ese pensamiento en la instantánea flagelación de un relámpago. Y con mayor sumisión a la fatalidad que lo dominaba:

—No la tocaré nunca — insistió. — Por eso no la traje acá en mis brazos. Conozco las hierbas del amor y del sueño. Pero jamás se las daré. Puede estar segura. Descanse ahora un poco. Requíesese. Podría enfermarse.

Salió de repente, como arrancándose a su dolorosa fascinación.

Una lívida tarde aterriase ya en la brusca frialdad del páramo.

Y la soledad, el contacto de la helada sombra, angustiaron a la cautiva con súbita evidencia: iba a postrarla, sin duda, la acción narcótica del aire montañés, cuya sutilidad sofocábala con vago mareo.

Entonces decidió pasar sentada la noche, sin desvestirse, arropándose con las colchas, en un acurrucamiento de hostilidad y de alarma.

Mas, algunas horas después tras un sueño que fué más bien vértigo doloroso en el extravío de una pesadilla desmesurada, pasó por sus carnes el horror de la agonía.

Punzábala de sien a sien un dolor turgente de martillazo. El corazón llenábale pecho y garganta con desordenado aleteo, y el alma se le iba, como socavándola en dispersa liviandad de humo. La penetración del frío hacía de todo su cuerpo un solo dolor. Sentíalo ya hasta dentro de la boca, como un glóbulo de granizo. Y los dientes castañeteáronle de tal modo, que el gaucho, oyéndolo, volvió a entrar, con un viejo candelabro de cuatro luces en la mano.

Minutos después, reanimada por una tisana aromática que otro de los hombres sirvióle con mucho respeto, consentía en recostarse cuando quedara sola, bajo una seguridad cuya certidumbre empezó a sentir.

—Dejaré la luz—había dicho el bandolero asentando el candelabro sobre la cómoda.—Mañana se pondrá una tranca a la puerta. Nadie entrará esta noche sin su permiso.

—Está bien—respondió ella con voz seca.—Pe-

ro si alguien llega a entrar, sepan que me arrancaré los ojos.

—Nadie entrará, reafirmó el bandido, estremeciéndose ante la tremenda evidencia de aquella decisión.

Y clavando, al salir, su daga en el umbral:

—Ni el mismo diablo!—añadió sordamente.

Así aseguraba su promesa ante la joven el puñal que no habría deshonrado ni el más infame salteador, y atajaba a Satanás la cruz de la empuñadura.



Transcurrieron días, semanas, meses, en la misma monótona y sombría tristeza.

La alcoba de la prisionera fué amoblándose más y mejor, la satisfacción de sus necesidades perfeccionándose con secreto automatismo, hasta que se halló, como dicen, servida al pensamiento, aun cuando casi no veía las manos diligentes.

Pero, ceñida a lo estrictamente indispensable para el recato y el aseo, allá iban percutiéndose con el desuso la ropa de encaje, y cubriéndose de polvo, amontonadas en un rincón, las alhajas y prendas de lujo que el gaucho de tiempo en tiempo le ofrecía.

Separada del mundo entre aquellos hombres

siempre callados, bajo la vigilancia del trágico amante, más sumiso y torvo cada vez, consolábase rezando largas horas, como por una muerta. Que por muerta, o, peor aun, por deshonrada, la darían en los pagos familiares y en la vieja estancia de los días felices.

El gaucho cumplía su promesa.

No intentaba sin su permiso el más mínimo acercamiento, ni pronunciaba una palabra de amor, limitándose a mirarla inmensamente con ojos resecos que atenebraba la pasión, quemada la boca por el hondo anhelar, desolada la frente, devastado el gesto que de pronto encendían con febricitante resplandor, internos relámpagos.

Pero nada podía con su helado desdén. Nunca mellarían aquella piedra de su voluntad la compasión ni la esperanza. Y esta certidumbre exaltábala a una luminosa impasibilidad de martirio. Su silencio era absoluto como la eternidad. Díjese que el frío de la noche de horror había congelado su corazón para siempre.

Una siniestra conformidad acabó por extinguir en ella hasta el deseo de muerte de los primeros días. Sólo allá, muy adentro, tras los bruscos arranques de impotente frenesí que de tiempo en tiempo sacudían su entraña, mordía acérrimo el odio.

Entonces refugiábase más sombría en su voluntad, más dura, más helada, hasta adquirir paulatinamente una impasibilidad que no se hubiera conmovido de oír derrumbarse el mismo cielo a sus espaldas.

Ciertas noches de insomnio y de frío, escuchaba en la habitación contigua la conversación parsimoniosa de los gauchos que se refugiaban, corridos por la intemperie, a comentar sus aventuras: indicación de que el jefe andaba de expedición con los otros.

Nadie, estando él, entraba allá por la noche; y para evitar, sin duda, la sorpresa de aquella transgresión, nadie quedábase a dormir allá tampoco.

El rancho, con todo, nada extraño contenía, fuera de la mesa, el escaño, el catre, la batea y un desusado candil en el hueco de la aspillera.

Por allí debía verse alguna estrella a cierta hora de la noche, pues varias veces la reunión concluyó tras esta advertencia:

—Muchachos, ya está la estrella en la ventana.

Refunfuñando su frío, todos apresurábanse, sin embargo, a partir.

Desde su siempre atrancada habitación, la joven recogía con doloroso interés exclamaciones y retazos de frase.

Así habíase enterado de famosos crímenes, de

misteriosos auxilios que no llegaba a comprender, parecidos a hechicerías; de su propio rapto y de la persecución a muerte emprendida contra el saltador por los suyos; y hasta de que ya andaban de pago en pago las décimas fatídicas que Lucero había prohibido cantar con su nombre, como celoso del recuerdo de amor, substituyendo el verso por este otro: «ley de amante verdadero», que ellos respetaban también.

Tras la cortina de bosque y piedra que parecía enterrarla en la soledad, rondaba, pues, la quizá inminente venganza.

Imaginaba ver en la empresa al duro padre, de voluntad cerrada como un muro; al hermano, jovencito, pero ya temerario; al primo y novio, no muy querido en verdad, pero que sin duda le destinaban bien para esposo.

Un deslumbramiento de esperanza acabó por embargar su espíritu. Cierta sospecha, vaga pero incisiva, revelábale algo así como un comienzo de abandono en la disciplina de los bandoleros, a quienes debía parecer indigna debilidad la pasión del jefe.

Hasta que una vez, luego de calcularlo mucho en sus largas contemplaciones del valle por las troneras de espiar, única distracción de sus tristes días, decidió intentar la evasión. Seguros de su

pasividad, inalterada durante un año, los hombres de guardia habíanse rendido al frescor de una hermosa noche.

Atajando por los rápidos, y decidida a matarse si debía ocurrir, descolgóse con ese instinto montañés, rayano en inspiración, por el espantoso despeñadero. Las tinieblas evitábanle el vértigo y el horror que a la luz del sol no habría podido resistir, y la falta de perros le era también favorable. Sólo al empezar el descenso, habíala alarmado el sonoro remonte de una grande ave nocturna.

La densidad del arbolado era, en suma, su mejor protección contra la caída, inevitable de otro modo. Pero nada más espantoso también que aquella maraña crispada en monstruosa torcedura de hostilidad al trasluz de las estrellas. Nada más tremendo que todo ese lúgubre ramaje donde parecían colgar harapos de silencio y de sombra, y todo ese pavor de inmensidad estrellada, sobre el mísero ser, tiritante en pleno abismo.

Bamboleada ante hoyos de noche cuya profundidad sentía en el retumbo de los desprendidos guijarros; casi colgada de ramas que asía al tanteo; crispado a cada instante el pie sobre el riesgo mortal de tajantes deslizaduras; arañada por espinales que le arrancaban al pasar jirones y ca-

bellos; desamparada hasta la demencia en la angustiosa inmensidad, llegó por fin al fondo del precipicio, entre peñas imponentes, donde le advirtió un remanso el reflejo de las estrellas.

Un pedrusco saltó bajo su mano, al azar del roce, dió sobre el agua, revelando la hondura con sumido hipo musical.

Y entre las rocas que parecían escollos de la tiniebla enorme, astillaron el sombrío cristal dos o tres puntazos de estrella.

Entonces, bajo esa difusa claridad, uno de los bultos se movió, adquiriendo la forma de un jinete. Y al brutal repelón del miedo, la conocida voz grave y triste del salteador dijo tranquilizando:

—No se asuste, por Dios. Soy yo. No se mueva, que arriesga ahogarse.

Dulcemente, para no aterrorizarla más, sin una palabra de reproche que habría sido indigna de tan asombrosa arriesgada, el hombre desmontó al punto, alzóla como una pluma a los lomos de su caballo, envolvió con mimo en su manta los pobres lastimados pies, ya descalzos al rigor de la aspereza, y echó a andar, llevando al animal de la brida, por el fondo del valle.

Como la primera noche, gemían en la sombra los pájaros de la soledad.

Y la joven rompió a llorar en silencio su frustrada ilusión, con amarga pena.

¡Por qué le faltaron fuerzas para tirarse al agua y concluir, en vez de obedecer a la voz maldita!

*

* *

Tres días postróla en cama el envaramiento. Tres días malos, en los que el cerro, enojado tal vez por la evasión, estuvo lapidando rebramante granizo.

Al caer la tercera tarde, bajo la recobrada temperie que parecía mullirse de golpe en una eterna serenidad, el gaucho había entrado a la alcoba, lo que hacía rara vez, con el candelabro encendido ya, por lo cercano de la noche.

Y con su tono de sombría delicadeza:

—No busque fugarse, hábale dicho. Aunque mis compañeros se duerman, hay gente en el aire que me lo sabrá advertir.

Gente en el aire! ¿Qué nuevo enigma atroz escondían esas palabras?

¿O no eran más que un subterfugio, para impresionarla tal vez?...

Con esa penetración que sólo da el amor desdichado, el bandido discernió.

Y poniéndose en el vano, ya casi obscuro de la puerta, silbó como aquella vez.

—Va a venir el viento, dijo. No tenga miedo. La calma era perfecta. El silencio clarísimo.

Pero, casi al punto, palpitó un susurro en la línea más cercana de la arboleda.

El aire hinchóse con tibio soplo, arrastróse bajito con la fatiga de alas de una garza crepuscular, penetró a la habitación abanicando calladamente, apagó las luces con suavidad, como una mano...

Casi instantáneamente, a la voz del gauchó:

—Otro candil!—un hombre apareció trayéndolo.

La joven, muy pálida, pero siempre valerosa, habíase defendido de la diabólica presencia con un gran signo de cruz.

Y él limitóse a afirmar con voz más sorda que de costumbre:

—Ahí verá. Puedo y no quiero!

Mas ella, al quedarse sola, recordó. Con razón, entonces, uno de los gauchos, durante cierta noche de aquellas en que, ausente el salteador, comentaban los restantes sus aventuras, había dicho riendo:

—Parece que para curarse el mal de amor ha hecho trato con el mandinga.

La calma de una larga ausencia, que el buen tiempo acentuó con fijeza no menos prolongada,

mantuvo invisible al gaucho. Anómalo suceso que indicaba la importancia de su correría.

O era, quizá, que despistaba a sus perseguidores, haciéndose ver en algún pago lejano.

Una madrugada, por fin, sintióse en la guarida desusado movimiento. Hasta pareció oirse, entrecortada, una agria voz de mujer. La joven recibió del gaucho que la servía la orden de no salir; pero no tardó en comprender que el salteador volvía herido.

Sobrevino después larguísimo silencio; luego, presuroso ir y venir de varias personas; luego, el silencio otra vez.

Mas esa noche, en la conversación de los bandoleros, animada como nunca, supo la alentadora verdad.

El heridor era su propio hermano. Habíanse encontrado en una pulpería que Lucero y dos de sus hombres acababan de saquear.

Los otros eran seis: el hermano, el novio y cuatro vecinos que patrullaban con ellos.

El gaucho, al frente, certero como nunca, despachó dos, en un verdadero relampagueo de puñaladas.

Uno, el novio y primo, quedó arrastrándose por ahí, con las entrañas en la mano. El otro, a

quien no conocían, cayó muerto al grito, ensartado por la garganta.

Otro sucumbió a manos de un bandolero; otro, herido, huyó, seguido por el que ileso quedaba, y sólo el muchacho, con ser tan joven, le hizo pie al mismo Lucero, sediento de venganza.

Al encontrarse en choque singular, el salteador había ordenado:

—¡Nadie lo toque, suceda lo que suceda!

Mas, a los primeros quites, advirtiéndose que el mozo no era de jugarreta ni desarme.

El duelo entablábase a muerte, y aquél atacaba con tal pasión, que Lucero apreció al punto el dilema.

Y entre huir por primera vez, manchando su fama, o matar a su adversario sin remedio posible, envainó resueltamente el puñal.

Pero el otro no supo o no quiso entender la desesperada nobleza de aquella actitud que se le entregaba, más que en el abandono del ademán, en la mirada de arrogante melancolía.

Y saltando sobre el bandido, le hundió dos veces el puñal hasta la guarda en el pecho.

Entonces los otros, aunque respetando la orden, interpusiéronse, daga en mano, entre el jefe, que permanecía indefenso y firme, pujándole en el doble borbollón de sangre el corazón tumultuoso,

y el audaz vengador, que se retiraba tranquilo hacia su caballo.

Montado ya, volvióse todavía hacia el grupo; cruzó en silencio, con la del gaucho, su implacable mirada, y, siempre desnudo el puñal, se perdió al tranco en el monte.

Hubo un silencio, como de quienes escuchan. Y la voz del narrador comentó sentenciosamente, a modo de epílogo:

—¡Bienhaya el modo de querer!

La joven oyó apenas aquella frase. Un ansia de sollozos, en la que se mezclaban confusamente el orgullo y el dolor, descuajóle las entrañas. Dolor del pobrecito muchacho, quizá, a esas horas, muerto por ella; y orgullo, a un tiempo enternecido y feroz, por la bravura de su sangre. No era ella sola, pues, quien se atrevía con el bandido.

Allá cerca agonizaba, castigado por el puñal del hermano que no la olvidó. Una solemnidad de expiación, de justicia capital, flotaba en la noche—la gloriosa siniestra noche de la muerte y de la venganza.



No la engañaba el oído cuando creyó percibir una voz femenina, la madrugada del regreso.

Algunos días después, entraba a la habitación una vieja de mísera catadura, que, luego de saludarla con bondad, dijo, sentándose familiarmente:

—Va mejor el hombre. Suerte que fué corto el cuchillo. Me encargó que la saludara y que viera cómo está.

Calló un instante, y, suspirando:

—Lindo, no más, tiene que estar un ángel del cielo!...

Repugnóle la alabanza como un insulto, y bruscamente volvió la espalda a la entrometida.

Cuando ésta salió, tras dos tentativas inútiles de entablar conversación, hízose cargo de las cosas.

Sería la médica de quien había oído hablar en las conversaciones del rancho contiguo: la bruja, a no dudarlo.

Nueva y más peligrosa inquietud, que venciendo su repugnancia del espionaje, inquebrantable hasta entonces, indújola a ensanchar con maña, durante la soledad de la siesta, cierto resquicio del tabique medianil.

Faltaba el catre ahora; y por la ventanita del fondo, entraba y salía con el viento, un vástago de escorzonera. En el aire, donde zumbaba un abejorro explorador, parecía flotar remota quie-

tud de ruina. El viento había arrinconado entre el polvo un puñadito de plumas negras.

¿Por qué le dió todo aquello en el corazón, estremeciéndola como una advertencia?...

Dos días estuvo sin atreverse a mirar, dominada por esa extraña impresión.

A la tercera noche, muy tarde ya, parecióle oír ligero ruido. Una vislumbre entraba a la vez por el resquicio del tabique. Debía ocurrir algo singular, porque los hombres salieron de allá mucho antes.

Pudo, entonces, más su alarma que su miedo, y pegándose a la pared, atisbó ansiosa.

La batea hallábase de plano en el centro de la habitación, con uno de sus cabecales hacia la ventana abierta.

Al opuesto lado, el candil lanzaba desde el suelo, junto a la pared, vacilantes resplandores.

Entre él y el otro cabezal que rozaba con sus pantorrillas, la vieja, de espaldas a la batea, erguía su desnudez horrenda y vercosa.

Solamente los cabellos, de negrura extraña para su edad, flotábanle partidos sobre los hombros.

Cruzada de brazos, acababa, sin duda, un conjuro que en apagado gemido estremecía los labios.

Tremendo escalofrío la cimbró como un mim-

bre, sus ojos blanquearon en siniestro vértigo, y con clara estridencia lanzó al aire la fórmula de salir:

¡Sin Dios ni Santa María,
Al pedregal de Sabira!

Soltóse, rígida, de espaldas sobre la batea, cayendo exactamente en la cuenca, con aplastamiento fofo; su cabeza dió de nuca en el borde, saltó, desprendiéndose, rebotó hasta la ventana, donde transformada ya en cuervo nocturno, violentó con seco aletazo el aire, apagando de retroceso el candil, y lanzándose a la obscuridad con lúgubre risotada.

En el vano tenebroso, quedaba brillando, grande y clara, una estrella...



Cuando Agueda volvió a encontrarse en su lecho, comprendió que estaba descubierta. Por primera vez desde que se hallaba en poder del saltador, sus fuerzas la habían traicionado.

Sacudíala con intermitencias de fiebre, un incontinente sordo lamento.

Volvía a ver, sin poder evitarlo, en la última llamarada de aquel candil, el cuerpo descabezado, lívido, las costillas resaltantes bajo el pellejo de

rana; y el siniestro pájaro de la obscuridad, con su aletazo y su grito.

Acompañado por uno de los bandidos, Lucero contemplaba aquella desesperación con grave tristeza. Leve delgadez, indicaba apenas el peligro de muerte que acababa de correr.

—¡ No quiero verla más, no quiero verla más!— gemía, incansable, el sordo lamento.

Y el bandolero, de golpe, se decidió:

—Está bien, dijo. No la verá más. Cálmese ahora. La vieja se irá esta tarde. Todavía duerme, porque ha de haber volado mucho. La mataría si la despertara. No volverá nunca; aunque esto sí, ahora, va a causar mi perdición. Pero qué importa!

Agueda padeció, no obstante, su acceso hasta muy entrada la noche, cuando una de aquellas tisanas montañesas, que aceptó por fin, a medias enajenada, la hundió casi de golpe en negro sopor.

—La vieja se ha ido, anunciaba al siguiente día el salteador, entrando en la alcoba.

No volverá nunca y yo me perderé. Pero así es justo, puesto que Vd. lo ha querido.

Y para cambiar de conversación, al ver extraviarse fugazmente los amados ojos, dijo con su modo peculiar, en frases como tajadas:

—Cuánto tiempo sin verla! Me hirió su her-

mano. Me pegó bien. Por suerte era corto el cuchillo. Pude matarlo. Jamás tocaré a uno de los suyos... Como no la toco a Vd.

La voz enronqueciósele de pronto, con quebradura tan honda, que más parecía hablar por la puñalada reabierta:

—Fué mi destino. La mala estrella con que nací...

Sacudió con abandono fatal la cabeza agobiada de cabellos lóbregos:

—...Para perderme y perderla, añadió con voz más opaca. Pero a esta pena la quiero como a mí mismo amor, porque al fin nos une.

Muda, helada, como siempre en el aislamiento de su dolor, angustiaba ella sin mirarlo, hasta quién sabe qué profundidad de ausencia, tan lejos que parecía írsele a la eternidad, la mirada de sus ojos extrañamente claros.

La vislumbre de la tarde poníase como dolorosa de limpidez en el silencio formidable del monte.



Así corrieron tres años.

Pero, ni tan largo padecimiento, consiguió alterar la firmeza, por cierto marmórea, de la hermosura serrana.

Al contrario, ennoblecida por la pena, esclare-

cíase más nítida su palidez: su mirada azul era más líquida y más honda. La exaltación del dominio que ejercía sobre el alma siniestra, comunicábale, aunque involuntaria, una especie de resplandor, como la llama infernal transparente en rosa el ala intacta del serafín.

La devastación era, en cambio, profunda sobre el bandido.

Aborrascado, ahora, de pelo y barba, empezaba torvamente a encanecer. Sus ojos no eran más que dos agujeros lóbregos. Su boca descaecida, crispábase con angustia casi animal, de tanto morder, para enfrenarla, la sollozante desesperación. Abatíase, asolada de tempestad, la rugosa frente. Notábase un amago de oblicuidad en el tronco de su fuerza. Su rostro endurecíase en una especie de palo grosero, como rajado a tajo de hacha. Y ni la barba escondía, tan profundamente labrábanle ya la tez, aquellos surcos funestos con que socavan por dentro al varón las lágrimas no lloradas.

Las excursiones de la gavilla fueron haciéndose más frecuentes sin él. Conservaba, a no dudarlo, ante aquélla, el prestigio de su valor, pero tal vez ya no el de su energía.

Una de esas veces, en que habíase quedado con

tres hombres tan solo, bramó el cerro al amanecer.

Los gauchos partieron, contando por cierto volver de día, puesto que dejaban sola a la prisionera; ya que le sería completamente imposible evadirse a la luz del sol, sin ser vista desde lejos.

El cerro bramó tres o cuatro veces más, hasta el mediodía, aunque no hubiese ningún indicio de tormenta. Señal de que andaban siempre forasteros en su macizo.

Comenzaba a ladear el sol, cuando Lucero apareció de repente, empapado por el cruce del arroyo a pie, solo, deshecho de aspecto y traje, tuerca en su mano casi por mitad la daga.

No intentó, siquiera, rearmarse, enderezando a la alcoba, donde entró por primera vez sin la habitual cortesía, para dejarse caer con desaliento en uno de los sillones.

Al descubrirse, un hilo de sangre brotó de entre sus cabellos, rodó por la sien, hasta cuajarse en hebra espesa sobre la barba.

—Faltó la vieja y me perdí, murmuró con amarga sonrisa. Me han vencido. Van a llegar. Ya no importa. Lo único que anhelaba era verla antes de morir.

Agueda, erguida junto al lecho, había palidecido con ansiedad mortal.

Van a llegar! Quiénes?... Ellos?...

Llenó en eso la guarida un feroz tumulto, pataleado por violentos caballos. Súbita polvareda envolvió al rancho, entre un choque de armas y espuelas.

Y en la puerta, al frente de apretado grupo que apuntaba con naranjeros y tercerolas, apareció el propio juez, cano del todo ya, pero siempre recio, inflexible, con su rudo ceño y su mandíbula de adobe.

Al darse de pronto con el salteador, contúvulos un instante la sorpresa.

Un instante, no más...

... Cuando, como alzada en un vuelo, la joven interpúsose, abiertos los brazos, delirantes los ojos, desgarrada en supremo grito la voz:

—No le tiren!

Fué como si detrás se hubiera hundido de golpe el mundo.

Y en el asombro de la situación que dominaba, alta en su blancura inmaterial, como un arcángel, añadió con dignidad sombría:

—He resuelto ser su mujer. ¿No lo ven cómo está, vencido, herido, acabado, viejo y solo? Todo lo ha perdido por mí: su cuerpo y su alma. No le quedo más que yo. Por mí se perdió. Por quererme a mí como nadie ha querido nunca!



Pero, aquí, la tradición difiere.

Unos dicen que el ofendido padre ordenó tirar, abatiéndolos con la misma descarga. Que de su sangre, así unida, brotó la azucena roja, siempre solitaria, y raras veces vista entre los riscos más arduos del Champaquí.

Otros, que el amor logró triunfar del crimen y de la muerte.

Yo encontré una vez la azucena roja ; pero creo, asimismo, en el amor triunfante.

Mejor es que lo decidas tú, lector amigo, en la generosidad de tu corazón...

INDICE

El Vaso de Alabastro	9
Los Ojos de la Reina	31
El Puñal	67
El Secreto de Don Juan	90
Agueda	129